





# La intimidad de las islas



Gustavo Ng

# La intimidad de las islas

**EL BIEN del SAUCE**  
edita



Ng, Gustavo

La intimidad de las islas / Gustavo Ng. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Bien del Sauce Edita, 2022.

168 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-48453-1-3

1. Narrativa Argentina. 2. Relatos. I. Título.

CDD A863

**Contacto con el autor:** [gustavoemiliong@gmail.com](mailto:gustavoemiliong@gmail.com)

**Edición**

Camilo Sánchez

**Ilustraciones de tapa e interior**

Juan Aiello

**Diseño, armado y cuidado de la edición**

Adriana Llano

1<sup>a</sup> edición, 2022

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© Gustavo Ng, 2022

© de la presente edición El Bien del Sauce edita, 2022

E-mail:[biendelsauce@gmail.com](mailto:biendelsauce@gmail.com)

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723

Impreso en la Argentina – Printed in Argentina

ISBN 978-987-48453-1-3





Buenos Aires, 2022

Para el padre Dennis Fitzpatrick. Para Miriam, mi amor. Para  
mi familia Lorenzo Otero. Para Feng Zheng, 冯证,  
su esposa y Polo. Para los que me aguantaron cuando casi me  
lleva el Covid-19. Para Fer y la banda de The Espy y la colorada.  
Para Luca, in Paris in spring, and in old Beijing.



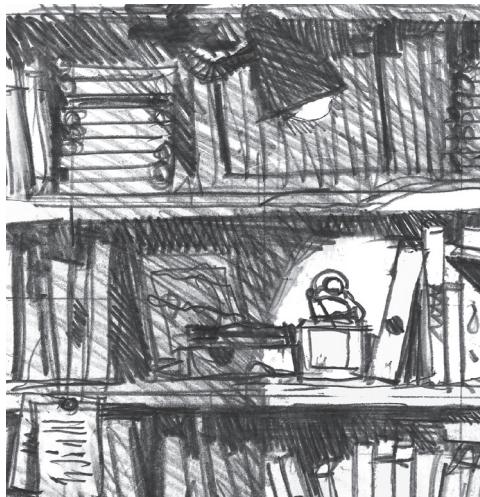
# ÍNDICE

Introducción	11
Luca y las gallinas en la misa	19
El olor del asado	27
El padre Daniel McGrath	39
El poder dentro de cualquier agua	61
Mi tío Juancito	67
Las cañas de bambú	95
Padre e hijo	101
En el fondo de la China	107
Miriam	121
Llovió en las islas	137
The Espy	141



# INTRODUCCIÓN





Con la ansiedad con que he leído las últimas páginas de una novela policial, estoy sumergido en el último relato del cuaderno, "Luca y las gallinas en la misa", que narra el día en que fui a visitar al padre Daniel para contarle que Luca Prodan había muerto.



Cuando voy a la casa de la isla del delta, llevo el cuchillo que me regaló un amigo. Siempre que lo agarro, lo retengo en mi mano para sentirle el peso. Es una sensación agradable. Es el modo que tengo de apreciarlo. Es un cuchillo simple y hermoso, y eficaz. Me gusta que sea pesadito. Me alegra el gesto que tuvo mi amigo cuando me lo regaló para un cumpleaños.

Estoy en mi departamento del centro de Buenos Aires. Los próximos días los pasaré en la rusticidad silvestre de la casa escondida en el delta y después de eso, viajaré a Escocia para estar con mi hijo Fernando.

Siento el cuchillo en la mano y recuerdo la burla de mi madre: "ustedes los hombres... con sus cuchillitos".

Le respondo —aún le respondo, después de tantos años que lleva muerta—: "¿y qué querés, ma? es lo único que tenemos", y mientras le estoy contestando, me viene muy diáfano el recuerdo de una foto, una pequeña foto en blanco y negro, en la que varios muchachos están apoyados en una baranda. Entre ellos, hay dos hermanos de mi madre y está mi padre. Parecen tres adolescentes.



La baranda es de una casa en otra isla del delta.

Los muchachos iban en barra. Cruzaban el río remando en aquellas canoas pesadísimas, hechas de tablones gruesos, que cargaban nueve personas y los víveres.

En aquella foto mi padre tenía la edad que mi hijo Fernando tiene hoy.

Cuando regrese de la casa en la isla, dejaré encaminado mi trabajo, cerraré mi departamento y tomaré un avión a Londres y de allí, un tren a Edimburgo, donde vive Fer desde hace poco. Él está feliz junto al mar, en aquella gran isla, entre los castillos de piedra, los lagos negros y las colinas verdes. Y yo seré feliz viéndolo en su nueva tierra.

Pero para eso falta. Ahora voy a pasar unos días en el delta.

Estaré solo. Mi padre no ha conocido esa soledad. Mi hijo sí, y no le pesa. Es un vikingo solitario que surca el planeta navegando rápidamente, como surca el agua un velero una tarde de sudestada impetuosa.

Este cuchillo que tengo en la mano en mi departamento de Buenos Aires, siempre lo dejo apoyado en un estante de la biblioteca.

No está acá porque sí.

Quizás nada es porque sí en el mundo de un hombre que ha llegado solo a los 60 años.

Todo acaba siendo producto de una decisión fundamentada.

A esta edad, todo es ritual.

El cuchillo está en la biblioteca porque es parte de un protocolo. Pongo en la mochila una muda de ropa —siempre la misma—, la notebook, la carne para el asado, voy a la biblioteca a elegir qué libros me llevaré y con los libros, va el cuchillo.



La rutina seguirá con un café en el bar de siempre del puerto fluvial mientras se hace la hora para que salga la lancha colectiva, el saludo al vecino sufi cuando llegue a la isla; una vez en la casa, conectar el gas, abrir las ventanas, guardar los víveres que lleve, colgar la hamaca paraguaya, hacerme unos mates, y ponerme a leer.

Pero ahora, frente a mi biblioteca, mi dedo se ha detenido en *El último encuentro*, de Sandor Marai, y en *El elegido*, de Thomas Mann. Y entonces me llama la atención un lomo rojo que no pertenece al paisaje familiar de ese estante.

Es un cuaderno, que vaya a saber por qué, está entre los libros. Traigo la escalera y antes de subirlo al último estante, donde están todos los cuadernos apilados, llenos de notas que duermen esperando el día que haga algo con ellos, me pongo a hojearlo.

Al principio no recuerdo ni siquiera haber escrito lo que estoy leyendo. La letra es mía, pero el texto me resulta desconocido. Luego, empieza a llegarme una sensación de intimidad, aún antes de recordar, como cuando se encuentra alguien a quien no se reconoce pero tiene un inconfundible aire de familia, y al fin esa persona dice "hola Gustavo", confirmando que es Margarita, la hija de Cholo, el primo de mi madre.

A medida que leo, entro más y más en un asombro que me deja de una pieza. Nuevamente me pregunto qué hacía ese cuaderno ahí, porque la casualidad es increíble.

Me explico: dos días antes había llamado a Mariano Walsh para preguntarle dónde podía obtener información sobre el cura irlandés Daniel McGrath, que fue una persona cardinal para mí. Durante mi adolescencia y juventud, discutí con él los principales temas de mi vida. Despertó en mí el pensa-

miento crítico, me contagió la rebeldía terca y me hizo comprender que lo mejor que puedo dar de mí es escribir. Me hizo escritor, que es lo único que soy. En sus últimos años él volvió a su ciudad natal en Irlanda y pasó un tiempo con parientes. De regreso a la Argentina me recomendó que fuera a visitarlos, pero yo perdí los datos, y a punto de ir a visitar a mi hijo en Escocia, decidí dar con aquella gente.

Es en este devenir de las cosas que agarro un cuaderno sólo porque me llama la atención y resulta que está dedicado a aquel cura.

No lo puedo creer.

Si hubiera recordado que existía, habría dado vuelta todo mi departamento para encontrarlo. Y resulta que, aunque no lo recordaba, apareció mágicamente, enganchándose la vista con su lomo rojo.

¿Habré sacado el cuaderno antes de consultar a Mariano y no me acuerdo?

Todos los textos que contiene el cuaderno demuestran lo importante que fue el cura en mi vida.

Recordé que había concebido la idea de hacer una especie de biografía de él como un padre mío.

Estoy muy sorprendido. Siento lo mismo que cuando al despertar, tengo urgencia por comprender algo de un sueño muy intenso. Decido llevarme el cuaderno para leerlo en la casa de la isla.

Sin embargo, parado junto a mi biblioteca, con el cuchillo en una mano, no puedo sacar mis ojos de lo que estoy leyendo.



Con la ansiedad con que he leído las últimas páginas de una novela policial, estoy sumergido en el último relato del cuaderno, "Luca y las gallinas en la misa", que narra el día en que fui a visitar al padre Daniel para contarle que Luca Prodán había muerto.





## LUCA Y LAS GALLINAS EN LA MISA





*Hasta que llegara ese júbilo, los perros seguirían con su siesta,  
sacudiendo una oreja para espantar una mosca, y las gallinas  
andarían por el pasillo entre los bancos, rascando el piso de la iglesia.*



Luca daba miedo. Y era un amigo como un hermano. Si estabas con él, no dejaba que nadie tuviera poder sobre vos. Si te tocaban, era capaz de matar.

Y se reía mucho y era muy serio.

Algo había estallado en él.



Las gallinas caminaban lentamente, apoyando sus largos dedos contra el piso, con sus ojos concentrados y fríos. Andaban entre dos perros marrones echados, por el pasillo entre las filas de bancos dentro de la iglesia. Los bancos estaban llenos de gente del barrio.

Las gallinas deambulaban haciendo sonidos desde el interior de sus cogotes, buscando cositas en el piso de tierra. A veces se detenían y rascaban algo con sus uñas y lo picoteaban.

Mientras las gallinas hacían sus sonidos, el padre Daniel daba la misa.

Siempre era así la misa en la parroquia de San Francisco? Era una zona de las afueras, adonde los militares mandaron parte de la gente que desalojaron de la villa miseria —una villa demasiado cerca del centro de la ciudad.



En la época del desalojo, el cura irlandés Daniel McGrath aún no había llegado. Estaba en otro lugar pobre del conurbano bonaerense. Desde que se había ordenado como sacerdote siempre prefirió los barrios de los pobres, en Beirut, en Goya, en Rosario, en el partido de San Martín.

Ahora daba la misa aquí. Quienes se apretaban en los bancos no le entendían su español atravesado, pero le tenían mucho cariño. Había conseguido que la misa del domingo reventara la iglesia de gente. Cuando llegara el momento de la ceremonia en que los feligreses se desearan paz unos a otros, el silencio y la solemnidad se romperían por completo y todo el mundo se abrazaría con todo el mundo y correría a hacer una larguísima fila para ir a darle un beso al cura. Él había iniciado aquella costumbre, que terminó siendo más importante que la consagración de la hostia y la sacrosanta comunión. Era el momento de la algarabía.

Hasta que llegara ese júbilo, los perros seguirían con su siesta, sacudiendo una oreja para espantar una mosca, y las gallinas andarían por el pasillo entre los bancos, rascando el piso de la iglesia.

Esperé afuera a que el padre Daniel despidiera, en el atrio más pobre que vi en mi vida, a todas las personas que habían ido.

Nadie le pidió nada.

Al fin, cerró la puerta de la iglesia y nos metimos en un pasillo por un costado hasta que llegamos a su habitación, de piso de tierra, sin ventanas. Había una cama con una frazada marrón, una pequeña repisa con demasiados libros, una mesa angosta y una silla.





*En el lugar donde estaba la botella quedó un hueco en el piso. La mirada se me entretuvo con dos bichos bolita que corrían alarmados adentro de esa marca en la tierra, que era su casa.*

Se sacó la sotana y la colgó con la estola en una percha en un clavo en la pared. Besó la cruz de la estola y agarró dos vasos. Sirvió en ellos whisky de una botella que había en el piso, me dio uno, brindamos y me pidió que me sentara en la silla. En el lugar donde estaba la botella quedó un hueco en el piso. La mirada se me entretuvo con dos bichos bolita que corrían alarmados adentro de esa marca en la tierra, que era su casa.

Hacía mucho tiempo que no nos veíamos. Charlamos un rato largo, nos pusimos al día.

Al fin, saqué el tema por el que había ido: le conté que el día anterior había muerto Luca. A lo mejor había visto la noticia en los diarios.

Miró para abajo. No sabía nada.

Nos quedamos un rato en silencio.

Se me hizo un nudo en la garganta.

— Brilló intensamente, más de lo que cualquier hombre puede brillar en 80 años —me dijo en inglés.

— Hablábamos siempre en inglés, porque él había sido mi profesor.

— No estés triste por él —continuó—, porque brilló intensamente.

Me preguntó si yo estaba con él cuando murió.

Luego le pregunté por sus cosas.

— Me dijeron que anduvo haciendo lío al intendente —le dije.

— Es un fascinero. El jefe de los prostíbulos.

Me relató el trabajo que estaba llevando adelante con un grupo de madres y padres en contra de la trata.

Entonces hizo otro silencio.



Estudió un rato el fondo de su vaso vacío y volvió a llenarlo con un gesto que tenía algo de intempestivo, como si quiera terminar con la botella o estuviera enojado. Como si ya no le importara nada.

— Hace unos días tuve un estallido —dijo luego de beber un largo trago. Y repitió “un estallido” (“a burst”, dijo, en inglés).

No entendí por qué me decía eso de repente. Traté de comprender, pero sólo escuchaba en mi cabeza una frase de Luca, “I’m bursting out of the ocean<sup>1</sup>”, una y otra vez, Luca cantándola, gritándola.

— A burst —repitió Daniel.

Entonces comprendí que quería confesarse. Me estaba pidiendo que escuchara su confesión.

Igual que Luca, no respetaba las reglas. Sólo hacía lo que le parecía, y siempre eso terminaba muy bien, siempre resultaba que era lo correcto.

Me contó lo que había hecho.

No dije nada.

Cuando se recompuso le pedí que rezara por Luca.

— Claro, claro — me dijo.

Esa fue la última vez que lo vi.

Nunca supe si Luca lo visitó en esa parroquia. Estoy seguro de que se rió mucho si vio las gallinas en la misa.

---

1. “Estoy estallando desde el océano”.

# EL OLOR DEL ASADO





*Pero acá, tan lejos, dentro de las brasas parecen vivir seres incandescentes que se mueven como si trataran de salir. El humo del fuego se mezcla con el de la carne y sube hacia el cielo. Lleva un olor glorioso.*



La china en la caja del supermercado busca el precio del trozo de queso que compré y no lo encuentra.

Siempre compro aquí las provisiones para pasar unos días en la casa del delta: pastillas para ahuyentar los mosquitos, azúcar, yerba, aceite, fósforos.

Detrás de mí, esperan en la cola un viejo de gorra, con una de esas narices de aspecto de verdura carnosa, y una joven que no se ha sacado el delantal de cocina para ir al supermercado. La observo y noto en ella esa inevitable falta de decoro de estar de entrecasa; algo le ha faltado y fue al súper chino a comprarlo como quien va hasta la alacena que está en el garaje a buscar detergente del bidón grande.

La china tiene las uñas pintadas de gris metálico y azul.

Le digo el precio del queso en chino y no me presta atención. Pero otro chino, que daba vueltas por ahí, medio ocioso, levanta la cabeza cuando escucha que alguien habla en su idioma. Se queda parado, mirándome. Luego se acerca y me sonríe.

— Mi papá es chino —le explico, mientras acomodo en la mochila las cosas que compré, y rápidamente agrego—: pero

yo no hablo chino, nada más sé algunas palabras. Mi papá nunca me enseñó.

Mi padre es un cocinero admirable, aunque tampoco me enseñó a cocinar.

Y no me enseñó a hacer la comida emblemática de los hombres argentinos, el asado.

De grande yo andaba, huérfano de padre argentino, preguntando si enseñarle a su hijo varón a hacer asado era un rito de iniciación a la argentinidad.

Un amigo me contó que su padre judío no sólo no le enseñó a hacer asado, sino que cuando él juntó a sus amigos y familiares para el primer cumpleaños de su primer hijo, encendió el fuego para hacer unas simples hamburguesas a la parrilla y entonces:

— Mi viejo, que hacía unos asados monumentales, miró la parrilla de lejos y cuando vio hamburguesas, sonrió. A mí me puso nervioso, porque yo quería demostrar que era hombre, ¡era padre!, y un hombre argentino ¿cómo se valida?

— ¡Con el asado! —le dije.

— Bueno, cuestión que se me quemaron, las hamburguesas.

— No...

— ¡Las hamburguesas! ¿Podés creer? ¡Tenés que ser muy inútil para que se te quemen unas hamburguesas! Yo todo atribulado, mi padre satisfecho, los dos estábamos para que nos tiraran al tacho de la basura del psicoanálisis.

Después de comprar en el supermercado, me cruzo a la carnicería de Juan Carlos y llevo un par de kilos de pechito de cerdo para hacerlo asado apenas llegue. Lo que quede lo iré comiendo frío en los días siguientes. Una idea muy práctica del asado, casi china.



"Los argentinos dicen que su plato nacional es el asado. Llaman cocinar a calentar pedazos grandes de carne arriba de una parrilla", leí que le decía un chino a otro en Facebook.

Era odioso, pero no le faltaba algo de razón.

Quiero decir, bien podría haber yo saltado en favor de los argentinos en esa conversación virtual, argumentando que el mayor talento es hacer con estilo aquello que parece demasiado simple, pero la verdad es que me faltaba convicción, porque en el fondo pienso, como los chinos, que hacer asado no es propiamente cocinar.

Mientras tomo un café en el barcito de siempre de la estación fluvial de Tigre y observo las lanchas llegar y partir, pienso que esta discusión da en el corazón del desacuerdo entre argentinos y chinos.

Los chinos, gente a la que nunca le ha sobrado nada a lo largo de su sufrida historia, que tienen abuelos que murieron de hambre, despejan todo para ir directamente al beneficio. Los argentinos, en cambio, encuentran beneficio en la trayectoria más que en dar en el blanco y hallan la productividad dentro del ocio, quitándole dramatismo a la supervivencia, el hambre y la muerte.

En unos cuarenta minutos la lancha colectiva me lleva hasta la casa que le alquilo a un amigo escritor. Él y su esposa han sabido construir un santuario en medio de la naturaleza sobreabundante de las islas del delta.

Mis ancestros están en la China, de donde llegó mi padre y yo he vivido en diferentes lugares del mundo, y sin embargo, este es mi lugar. Mi bisabuelo Benigno Lorenzo llegó de Galicia para construir un puerto sobre este río y los hombres de mi familia lo cruzaban trayendo el ganado que pastaba en las islas.



Eran estas mismas islas, por donde irá mi lancha, en las que pasábamos los veranos con mi barra de amigos de la escuela. El tiempo con ellos fue como el de un sueño salvaje. Corríamos como locos por las playas, sin sentido, sólo por correr, arrojándonos bolas de barro, metiéndonos a nadar en las lagunitas del interior de las islas, pescando a los garrotazos los sábalos que se acercaban a chupar los juncos de la orilla, haciendo fogatas gigantes, cantando a los gritos hasta desgañitarnos.

En estas aguas también se ahogó mi tío Carlos.

Este, en fin, es el paisaje que mi cuerpo reconoce como regazo.

Al llegar a la casa, dispongo las cosas para pasar unos días, me echo a leer un rato y más tarde preparo el carbón, la carne, la sal para hacer el asado.

Cuando finalmente estoy frente a la parrilla, algo sucede. Es como si se corriera un velo y apareciera un escenario que no existía hasta ese momento.

Es el escenario de un rito. Todo sucede igual que siempre: las largas ramas del sauce que cuelgan melancólicas, pobladas de hojas, meciéndose con la brisa en amplios flameos, los hierros negros de la parrilla engrasados de cebo y hollín de cientos de asados en torno a los que la gente charló, labró una y otra vez su amistad durante años; el olor a agua del río, la carne rosada, las nubes enormes brillando blancas al sol, apurándose por un cielo azul muy diáfano, la mesada de ladrillos sobre la que se pone la parrilla, el cuchillo que me regaló mi amigo, la marca de la sal con el mismo logo y los mismos colores de la sal de mi infancia.

Podría haber llevado briquetas, el atadillo de maderitas listo para encender las briquetas, el combustible para apurar la





*Corríamos como locos por las playas, sin sentido, sólo por correr, arrojándonos bolas de barro, metiéndonos a nadar en las lagunitas del interior de las islas, pescando a los garrotazos los sábalos que se acercaban a chupar los juncos de la orilla, haciendo fogatas gigantes, cantando a los gritos hasta desgañitarnos.*



fogata. Podría haber sido práctico y diligente, ya que no tenía otro objetivo que tener la carne necesaria para tres días. Pero entonces, ¿por qué no compré carne cocinada?

Pienso estas cosas mientras deambulo por la isla juntando troncos finos y gruesos. Con ellos armo el fuego con la técnica que inventamos los amigos, cuando íbamos solos a un lugar como este —una pira de troncos gruesos con el interior lleno de troncos finos y arriba el carbón. Me jacto de usar sólo un fósforo y no tener que avivar el fuego. La pira funciona más que perfecta, bellamente. Se prende fuego entera, inflamada como una calabaza que baila. Todos los troncos se encienden a la vez y cuando la madera se ha consumido, el carbón ya arde con potencia. En unos minutos se habrán hecho las brasas.

Vine solo. Un gato se acerca (en unos días terminará durmiendo sobre mi almohada) y dos perros concurren, a la vez sinceramente amistosos e interesados. Están echados unos a cada lado de mi reposera, en la que me pongo a leer, junto a la parrilla, *Iósi, el espía arrepentido*.

Es la historia real y escalofriante de un policía que se infiltró en las organizaciones de la colectividad judía en Argentina. Dice que cuanto más se relacionaba con los judíos, más se sentía uno de ellos y más temía por su seguridad, y que está arrepentido hasta el suplicio porque los datos que él consiguió sirvieron para los atentados contra la Embajada de Israel y la mutual de la AMIA.

Quizás es imposible no sentirse traidor cuando uno tiene más de una identidad, pienso, cierro el libro y me quedo mirando la parrilla.

La carne hace pequeños ruiditos. Uno de los perros ve que bajo el libro y se me queda mirando, igual que me había mira-



do el chino del supermercado cuando me escuchó decir algo en su idioma.

Me paro para comprobar cómo está la carne.

Las partes más finas ya están. El típico gusto del pechito de cerdo. Uso el cuchillo, que me he calzado en el cinturón —allí lo tendré hasta que me vaya. Corto la grasa gorda, se la tiro a los perros.

Había puesto la mesa, pero empiezo a comer al lado de la parrilla.

Algo para mí, las sobras para los animales. No hay tanta diferencia entre la forma en que comemos, los perros y yo. La carne va directamente de la parrilla a la boca. La ensalada, quedará para después. Carne, nada más. Asada en su grasa. Puro gusto a carne, sin otro condimento que un poco de sal. Voy a traer a esta casa un hacha, así hago leña con los troncos y no uso carbón. Los troncos están en la arboleda de los alrededores o los trae el río. A veces pesco un tronco y lo dejo al sol. Estará seco la próxima vez que venga.

Los días que me quedo en la isla no me baño. Casi no me lavo. Jamás me peino. Uso la misma ropa. Si se ensucia mucho, la lavo en el río. No sé si me contagio del salvajismo del lugar o si es abandono, nomás. Si hubiera venido con otra persona, un poco me comportaría. Por lo menos observaría horarios. O comeríamos en la mesa. Pero solo como estoy, me sirvo el pechito de cerdo directamente de la parrilla.

No sé si soy práctico por chino o si me doy el festín de disfrazarme de gaucho, pero de repente el asado llevado a una mesa preciosa, el decoro, la educación, la limpieza, la decencia, me parece un amaneramiento burgués.



Cuando termine de comer me iré al muelle a seguir trabajando en el libro en el que cuento mi viaje a Qinghai, el centro remoto de la China, donde los territorios son de pastores nómadas con sus ovejas y sus yaks. Un lugar de viento permanente, de montañas sin árboles, de lobos y de dioses. Contaré que la gente de allí come nada más que carne (no tienen otra cosa más que animales), pero nunca hacen asado. A los dioses les disgusta el olor, dicen.

Pero acá, tan lejos, dentro de las brasas parecen vivir seres incandescentes que se mueven como si trataran de salir. El humo del fuego se mezcla con el de la carne y sube hacia el cielo. Lleva un olor glorioso.





# EL PADRE DANIEL MCGRATH





*El barrio no tenía árboles y las calles eran de polvo. Algunas casas tenían al costado un caballo. En las cunetas se acumulaba el agua podrida y había algunos autos desvencijados.*



El padre Daniel tenía una nariz larga y afilada como el pico de una garza. Esa nariz le tensaba tanto la piel, tenue como una fina película transparente, que daba la sensación de que en cualquier momento se rasgaría.

Yo le observaba la nariz mientras nos daba clases de inglés a mi hermana Anita y a mí.

Su barba y su abundante pelo eran muy blancos, y aquella nariz parecía tallada. Bajo su piel translúcida, su carne era rosada, y tenía unos ojos pequeños que brillaban sonrientes, de un celeste oscuro muy hermoso.

Era de un tipo humano muy diferente a los que se veían todos los días, tan increíblemente blanco, como un hermano flaco de Papá Noel recién llegado del Polo Norte. Y andaba siempre erguido, de pantalón y camisa negra de cura, con un paso mecánico que daba la impresión de que podría dar incansablemente vueltas al planeta caminando, tric-tric, tric-tric, tric-tric, de noche y de día, bajo la lluvia o el sol, mientras pensaba, hablaba con él mismo, rezaba o incluso mientras dormía, perfectamente autómata, totalmente autosuficiente.

Quizás me daba esa impresión porque el padre Daniel McGrath era irlandés. Yo no había tratado nunca con irlande-

ses y me intrigaba muchísimo. Nuestra madre nos había advertido, antes de que lo conociéramos, que era un misionero y había andado por Inglaterra, Francia, el Líbano y muchos otros países.

También nos advirtió: “pórtense bien con él y háganle caso. Lo recomendó el doctor Murphy”. Para nuestra madre, el doctor Murphy era como Dios.

Creo que el padre Daniel se aburría enseñándonos más que nosotros aprendiendo. Por cualquier cosa se dispersaba y empezaba a hablar de temas que no tenían nada que ver con las lecciones. Así fue como le conté que escribía poemas, cosa que celebró y me pidió verlos.

Eso fue en la tercera lección. Mi hermana se fue y quedamos solos, yo —que aún no había cumplido los 16— leyéndole unos poemas que pretendían ser surrealistas, y él escuchando con respetuoso interés.

Las siguientes clases repitieron el esquema. Unos minutos cumpliendo con desgano la lección del día y luego yo le leía poemas.

Así se quedaba en casa hasta cualquier hora. A veces llegaba nuestra madre de su trabajo en la clínica y él aún estaba. La primera vez ella quedó un poco desconcertada, pero el padre Daniel rápidamente la encantó hablándole de política, de mis poemas, del trabajo.

En la mitad de la conversación, él le preguntó tímidamente:  
— ¿Tenés algo para tomar?

Nuestra madre comprendió y le ofreció whisky, que él festejó:

— ¡Whisky! Sabés, querida, este whisky argentino, yo pensé “¿qué whisky pueden hacer los argentinos?”, pero ¡es muy bueno! ¡Muy bueno!



Y dije con entusiasmo:

— ¡Macanudo!

Decía “macanudo” enfáticamente, haciendo notar que él adoptaba las cosas de Argentina, pero con un acento horrible, porque la verdad es que pronunciaba muy mal el castellano.

El hecho de que considerara mis poemas algo digno de su atención, dedicara tiempo a escucharlos y se esforzara, incluso, por criticarlos y puntualizar algunos aciertos, produjo en mí un efecto que persiste, treinta años después.

— Vos podés escribir. Vos tenés que escribir —me decía, y yo, que era un adolescente empeñado en destruir todo lo que mi familia mantenía en pie, pero sin saber hacia dónde quería ir, me transformaba en otra persona.

Entonces empezó a traer poemas suyos.

— Intercambiemos —me dijo, y yo fui intensamente feliz de que un hombre más grande que mi padre me considerara un igual.

Me pesaba mucho que mi padre me desaprobara en todo. Recordaba que cuando yo era muy chico, éramos amigos, pero eso había sucedido hacía mucho tiempo y desde entonces sólo podía hacer dos cosas frente a mi padre: obedecerle o rebelarme. No podía tener más distancia con él, lo que estaba acentuado por el hecho de que mi padre fuera chino y además porque en la época en que nos leíamos poemas con el padre McGrath, él vivía en Estados Unidos.

Al principio no entendí los poemas del padre Daniel, pero con el tiempo se me empezaron a hacer conocidos. Me los leía en inglés. Aún antes de que comprendiera las palabras, sentía dentro de mí que tenían algo que estaba vivo.

Finalmente tuve una especie de despertar cuando me leyó un poema que hablaba de unos soldados que regresaban de la guerra. Un pequeño grupo marchaba junto a una fuente en medio de una calle de un pueblito medieval. Era verano, y el agua manaba abundante dentro de la fuente. El agua cantaba su canción eterna y el sol brillaba en ella creando blancas chispas, fugaces y frescas. Era como una fiesta, pero los soldados parecían sombras abultadas que caminaban con un pesar de muerte, y las personas del pueblo no los abrazaban ni les hablaban, sino que se quedaban tiesas, como estatuas petrificadas por la tragedia.

Aún escuchó la voz del padre Daniel leyéndome cadenciosamente aquel poema tan bello y tan trágico.

Les comenté del cura a mis compañeros de escuela y quisieron conocerlo.

— Es un viejo genial, conoce a Los Beatles —les dije.

Apenas comenzó la clase siguiente, sonó el timbre, fui a atender y allí estaban en la puerta, la barra de los que fumábamos en el baño de la escuela, invadíamos la casa del hermano mayor de uno de nosotros para escuchar sus discos; los que íbamos al cine a ver películas prohibidas para menores y nos escapábamos remando a las islas para vivir nuestra vida de salvajes en libertad.

La clase fue inmediatamente interrumpida —mi hermana no se fue, porque estaba enamorada de uno de mis amigos. El padre Daniel hizo un despliegue de seducción que cautivó a todos por completo.

Alguien le preguntó si era verdad que conocía a Los Beatles y él respondió:

— ¡Claro! Esos chicos son como Mozart.



Nos animamos y le propusimos escucharlos. Pasamos toda la tarde escuchando mi colección de discos de Los Beatles, y charlando.

Los adolescentes adoran tener berretines. Se enamoran de un club de fútbol, de un bar, de un pantalón; si les gusta una película, la hacen de culto, si les gusta alguien, lo idolatran. Se entregan a lo que les gusta con intensidad vehemente y no lo sueltan hasta que lo agotan por completo. Así, mi barra de amigos se apasionó con el padre Daniel.

Aquella primera tarde se repitió incontables veces. Nuestra madre llegaba y estábamos escuchando Los Beatles y las bandas de ese momento que le hacíamos conocer al padre. Nos encontraba de gran humor, a las risotadas, con el cura tomando whisky y todos fumando.

Le preguntábamos por los escritores prohibidos —Cortázar, Gelman, Osvaldo Bayer, Haroldo Conti— y él nos daba largas charlas sobre ellos y terminábamos hablando de literatura y de política.

La política lo encendía. Hablaba sin cuidado, de la revolución cubana, del imperialismo norteamericano, de Ghandi, del Estado de Israel, del comunismo de los soviéticos, de la guerrilla en Colombia, en Perú, en toda América Latina.

Hablaba de los crímenes que estaban cometiendo los militares y de los grandes capitalistas que mandaban a los militares. Nos decía que habían asesinado a monseñor Enrique Angelelli y a Ponce de León y que perseguían a los obispos De Nevares, Zazpe y a todos los demás sacerdotes que se oponían a la dictadura. Hablaba de los seminaristas y curas que los militares habían secuestrado en la ciudad donde vivíamos.



Lo escuchábamos deslumbrados, con susto y llenos de exaltación, porque era la única persona en nuestro mundo que decía todo lo que sabíamos que nuestros padres, profesores y vecinos callaban.

Un día vimos al padre Daniel con una actitud diferente. Fue la tarde en que invitó a nuestras reuniones a Miriam y ella mencionó que los militares se habían llevado a su papá. Él hizo un silencio y le dijo:

— Después vamos a hablar de eso.

Miriam me contó que al día siguiente el cura fue a su casa y conversó con su mamá.

El padre Daniel, me enteraría con los años, siempre había vivido en lugares miserables. En la ciudad donde lo conocí le habían asignado una iglesia muy modesta, una iglesia que parecía un taller de máquinas agrícolas, en un barrio de casas construidas con maderas, chapas, ladrillos o adobe.

Eran las deplorables afueras de la ciudad adonde los militares habían arrojado a las personas que habían vivido en una villa miseria cuyos terrenos eran codiciados.

No les había valido a los habitantes de la villa implorar, ni a las mujeres pararse con sus bebés frente a las topadoras que arrasaban sus casas, y a empujones y a culatazos los militares los subieron a camiones como si fueran vacas y se deshicieron de ellos en las afueras de la ciudad. Uno de esos descampados fue el barrio al que luego fue destinado el padre Daniel.

Una tarde de verano viejo en que el viento anuncia el advenimiento del otoño, con Miriam y Patricio, otro de los chicos de la barra, fuimos a visitar al padre Daniel a su parroquia. El barrio no tenía árboles y las calles eran de polvo. Algunas casas te-



nían al costado un caballo. En las cunetas se acumulaba el agua podrida y había algunos autos desvencijados. Había mucha gente en la calle. Mujeres, chicos. Muchos perros y un mundo de bolsas de nylon dispersas por todos los alrededores. Algunos muchachos y hombres andaban en bicicleta, cada tanto pasaba un carro tirado por un caballo —eran los carros con que andaban por el centro de la ciudad, juntando cartones, botellas y otras basuras para vender. Había un kiosco en la ventana de una casa, que tenía el cartel de una gaseosa pegada en una pared de afuera y una chapa con los precios escritos a mano.

Encontramos al padre Daniel en la parte de atrás de la Iglesia. Charlaba con unas mujeres, sentado él en una silla de madera verde, ellas en un banco toscó, todos alrededor de una mesa sin mantel. Sobre la mesa había una torta y las cosas para el mate. Con el mate en la mano, el padre Daniel se paró y vino a recibirnos, sonriendo con sus pequeños ojos lindos y su mirada dura.

Nos presentó a las mujeres y nos quedamos charlando y tomando mate. A Miriam le preguntó por su mamá y su hermanita. Dijo que éramos unos estudiantes muy inteligentes.

La charla era rara, porque el padre Daniel escuchaba atentamente lo que las mujeres le decían, pero ellas no parecían entenderlo. Sin embargo, estaban perfectamente acostumbradas y no le pedían que repitiera. Lo importante para todos era estar juntos, tomar mate y comer la torta que, tibiecita, estaba deliciosa.

Con el tiempo comprobaríamos que mucha gente de aquel barrio quería entrañablemente a aquel irlandés tan blanco. En las misas, en vez de dar el sermón desde el improvisado púlpito que había hecho con un atril al lado del altar para leer los Evangelios, se metía en medio de la gente. Se sentaba en un



banco cualquiera con su túnica resplandeciente y se largaba a hablar. Hacía unos monólogos larguísimos, incluso a veces se paraba, señalaba a alguien, le decía “¡vos, che!”, y le hacía una pregunta.

Al despedirnos aquella tarde, nos invitó a que volviéramos el domingo siguiente para asistir a la misa.

Aquella fue la primera vez que nos propuso participar de su religión.

Fuimos a la misa Miriam, Patricio y yo, y desde entonces continuamos yendo cada domingo.

Cuando terminaba la ceremonia, nos quedábamos a almorzar con el padre Daniel y las mujeres que eran asistentes voluntarias de la parroquia, y después seguíamos charlando y tomando mate hasta que caía la tarde.

Miriam y yo habríamos de ser siempre unos malos católicos, pero del mismo modo en que la poesía con el padre Daniel me había marcado, aquellas visitas tuvieron un efecto fuerte en Patricio: tiempo después se hizo cura.

Hasta el final de su vida Daniel McGrath fue un crítico muy duro del poder autoritario, no sólo de los militares, sino del poder económico, del capitalismo y del poder dentro de la Iglesia Católica. Desde aquella parroquia metida en el barro, los caballos viejos, las gallinas, el agua podrida de las cunetas plagada de renacuajos negros, habría de criticar sin piedad el negocio que se crearía en torno a la Virgen (un día la Virgen María se le apareció a una vecina y con los años habría de convocar a muchedumbres entregadas a la devoción, que llegaban de todas partes).

Con la misma furia fustigaría a los ingleses por la guerra de Malvinas.



— ¡Inglaterra está aferrada a su violencia y a su decadencia! Es horrible para los ingleses que sus soldados asesinaran adolescentes argentinos en unas islas congeladas en el fin del mundo. ¿Para qué? ¿Qué ganan? Sólo se vuelven indecentes, pierden la moral, su identidad se corrompe. ¿Eso es patriotismo? Es un patriotismo patético.

Nuestra madre nos lo dijo el primer día que él vino a darnos clase a casa:

— Es un intelectual y un revolucionario.

Y sí, lo era.

Por eso lo amamos.

Nuestra familia se mudó a Estados Unidos un tiempo, y cuando regresamos, el padre Daniel estaba internado en el hospital.

Un atardecer había salido del barrio en su modesto ciclomotor, y al meterse en la ruta para ir al centro, un Ford Falcon lo chocó de atrás con violencia. El ciclomotor quedó retorcido y desmembrado y el cura dio tumbos pegando contra el asfalto a lo largo de veinte metros, hasta que se estrelló con la espalda contra un poste de cemento.

Con el tiempo habríamos de enterarnos que el simulacro de accidente automovilístico era la siniestra técnica que usaban los militares para matar a los curas opositores. Increíblemente, Daniel McGrath no murió. Su cuerpo, sin embargo, quedó muy maltrecho.

Cuando volvimos de Estados Unidos, Miriam y Patricio me llevaron a visitarlo al hospital. Estaba en una cama de hierro antigua, en la semi penumbra. Podía distinguirse que era él por el pelo tan blanco.



Había estado inconsciente varias semanas. Mis amigos habían pasado a preguntar si había despertado, hasta el día que les dijeron que sí, y entonces inauguraron el tercer período de amistad con el padre Daniel, luego de las "clases de inglés" en mi casa y de los domingos en su parroquia.

Le costaba hablar. Su voz había cambiado y había perdido la chispa de sus ojos.

Se aferraba a nosotros. A veces nos decía:

— Quédense un poco más.

Muchas veces hablaba de sus sentimientos por no haber tenido hijos. Decía que el celibato tenía muchas justificaciones, pero que no le alcanzaban para sentirse completo.

— Dios no compensa todo. Sería absurdo, ¿no? Dios no nos hace completos, porque eso nos haría divinos, y nos impediría ser humanos. No nos saca de la condición humana, ni siquiera lo sacó a Jesús, que murió sufriendo y sin fe. Murió sin fe.

— ¿Usted tuvo miedo de morir estos días, padre? —le pre-guntó Patricio.

— En el momento del accidente, sí.

— ¿Cómo fue? —insistió Patricio.

— Dije "¡la pucha!" Dije "así no".

Nos quedamos callados.

Él continuó:

— Sabés, otras veces yo esperé la muerte, pero esta vez no.

Mi madre nos contó que no había rehusado ser el cura en un barrio del Gran Buenos Aires, fuerte base del Ejército Revolucionario del Pueblo. Ella suponía que en su país había participado del IRA, y que tal vez había estado en otras orga-nizaciones guerrilleras.



La habitación del hospital estaba casi a oscuras. No había guardias afuera, pero alguien había mandado que estuviera solo. Casi era de noche. Por la ventana apenas se veía una claridad en el cielo. Había una gigantesca palmera negra y los murciélagos rayaban el aire como fugaces agujeros negros. En el interior sólo se veía con claridad el yeso gigante de su pierna, que emitía una luz azul.

El padre Daniel no habló de su vida en ese momento, pero en los meses que siguieron, cuando la soledad lo fuera devorando poco a poco, entonces contaría parte de su historia.

Hablaría de él, haciendo un examen de conciencia ante nosotros; él, un intelectual revolucionario que había andado por todo el mundo, se inclinaba ahora ante tres adolescentes.

Una y otra vez volvería sobre el tema de los hijos.

— Ustedes, los hijos, no escuchan lo que sus padres quieren decirles. Ustedes escuchan las cosas con la forma de escuchar que ustedes tienen. Los padres no quieren que los hijos los escuchen, quieren que los obedezcan. Cuando les preguntan “¿me escuchaste?”, les están ordenando que le den la razón. No son malos los padres, pero eso es todo lo que tienen. Jamás piensan en esto. Los padres nunca saben qué es lo que realmente escuchan los hijos cuando ellos les hablan.

Otras veces decía:

— Los padres les hablan a los hijos pero, ¡ja! ¡los hijos tienen ojos también! ¡Y tienen pensamiento! El padre dice “vos no tenés que mentir”, pero ¡el hijo ve que el padre miente! Entonces piensa: “mi papá es un mentiroso que me ordena que yo sea ciego, que no vea sus mentiras, incluso las mentiras que me dice a mí”.

Y también:

— Ustedes los hijos toman algunos caminos que hicieron sus padres y llegan más lejos que ellos. Un hijo quizás entre en un camino mediocre que vio en su padre y sea un hombre mucho más mediocre. Otro quizás tome la rectitud y la lleve lejos, cuestionándola, quizás haciéndose delincuente.

En aquella época escuchábamos con intriga estas reflexiones, pero no las entendíamos.

Otro día dijo:

— Muchos hijos toman los límites que han empujado sus padres y los atraviesan, porque parten del lugar al que llegaron sus padres. Sus padres no pueden ir más allá de esos límites, porque tienen miedo de lo que hay del otro lado, pero los hijos saltan los límites naturalmente y viven allí donde los padres tienen miedo de ir.

Creo que me ha llevado toda la vida entenderlas, y por eso recién ahora puedo escribirlas.

Un día nos dijo:

— En el camino entre Irlanda y Damasco y entre Damasco y Goya, ¿conocen Goya?, un pueblito muy chiquito en Corrientes; en ese camino, perdí mi alma. Dios se quedó con mi alma. Casi muero los otros días en la ruta y ahora estoy aquí, en esta pieza que parece un pequeño mausoleo; estoy vivo y sin embargo, no siento mi alma.

Se quedó en silencio, estático, mirando la nada con los ojos apagados.

Luego volvió a sonar su voz, muy queda.

— No tengo fe. Un misterio. Dios es misterioso, hace estas cosas. Le quitó la fe a su hijo en el momento en que lo mataban. Un misterio. La fe es algo muy grande. La fe crea





*En las semanas que siguieron, la oscuridad de su ánimo se fue disipando imperceptiblemente. Le leímos Cien años de soledad, Redoble por Rancas, El llano en llamas, el Bestiario de Cortázar.*



la realidad. Llegás a la cima de una montaña porque tenés fe. Ganás una batalla imposible de ganar porque tenés fe. No es esperanza, es fe. Y es fe, no es fanatismo.

Volvió a quedarse callado. Una paloma arrullaba a otra en la ventana. Se escuchaban sus uñas rasgando el fierro del marco.

— El fanatismo —continuó el padre Daniel— es una reacción desquiciada a la falta de fe. Algunos hacen destrozos sólo para huir de su vacío de fe. Es mejor aceptar vivir sin fe. Esos curas que visité hace poco, en Entre Ríos, cultivaban la tierra, cocinaban, rezaban, sin ninguna fe. Dios se las negó a ellos, también. Viven en la rutina. Hacen lo que tienen que hacer, sin sentir a Dios. Cuando Dios te niega la fe, es necesario hacer lo que creés que está bien hacer. Trabajar. Eso es suficiente.

En las semanas que siguieron, la oscuridad de su ánimo se fue disipando imperceptiblemente. Le leímos *Cien años de soledad*, *Redoble por Rancas*, *El llano en llamas*, el *Bestiario de Cortázar*.

También hablábamos con él de los grandes asuntos que apasionan a los jóvenes: la amistad, la libertad, la homosexualidad, la eutanasia, la revolución social, el aborto. Él nos dejaba hablar y sin tomar partido, escuchaba cómo debatíamos entre nosotros. Sólo daba su opinión cuando se la pedíamos y nunca nos sermoneó ni mencionó a la Iglesia. Siempre hablaba a título personal.

También nos preguntaba por nuestras preferencias musicales y, claro, por nuestras opiniones políticas. Así, se le fueron haciendo familiares Charly García, Talking Heads y Los Fabulosos Cadillacs, The Police, Chico Buarque y Silvio Rodríguez.

Una tarde me enteré de que habían internado a un parente mío, y se estaba muriendo en el mismo hospital.



Había llegado con una historia increíble. Nuestra madre, que lo visitaba todos los días, un día vino a la habitación del padre Daniel.

El padre escuchó la historia de aquel primo lejano con atención y al final aceptó cuando nuestra madre le pidió que fuera a darle la extrema unción.

No sé por qué la imagen de nuestra madre empujando al padre Daniel en la silla de ruedas por una larga galería del hospital, es una escena que está cada vez más viva en mí. El piso brillaba como un espejo, los dos iban en absoluta soledad, rodeados de un perfecto silencio, nuestra madre con un vestido blanco con grandes flores azules y el cura con los pelos blancos de la coronilla revueltos. Iban como si se conocieran de toda la vida, como si toda la vida hubieran andado como en ese momento, ella responsable y él compuesto para cumplir una misión.

Ahora que los dos están muertos, quizás andan así por la eternidad, conversando serenamente, por una galería donde sólo se escuchan sus voces y el chirrido de la silla de ruedas. Siempre tenían tantas cosas de qué hablar.

Cuando regresamos a su habitación y terminamos de acomodar al padre Daniel en su cama, él me miró y me dijo "vos tenés que escribir la historia de ese hombre, el primo de tu madre".

Poco después le dieron el alta al padre Daniel.

Aquellos días nuestra madre había comprado un auto a un muchacho que era fanático del automovilismo. Era un Renault 4L de un amarillo furioso, cortado con anchas franjas negras, pegado contra el piso con unas ruedas anchísimas, lleno de detalles cromados, vidrios polarizados y un motor que rugía como un terremoto en las montañas.





*Iban como si se conocieran de toda la vida, como si toda la vida hubieran andado como en ese momento, ella responsable y él compuesto para cumplir una misión.*



Llevamos al padre Daniel en ese auto salido de una película. Cuando lo vio, en la vereda del hospital, gritó:  
— ¡Qué formidable! ¡Me van a llevar al futuro! ¡O al espacio!

De hecho, antes de dejarlo en la parroquia, donde lo esperaban aquellas mujeres que tanto lo querían y tan poco entendían lo que les hablaba, dimos una vuelta enorme, por nuestros lugares: el viejo matadero abandonado, la escuela secundaria a la que íbamos cuando lo conocimos, el puerto viejo que había construido mi bisabuelo, la antigua casa donde venía a darnos clases de inglés mientras tomaba whisky Criadores, la anodina plaza del centro, la antigua estación de tren, y terminamos en los terrenos donde había estado la villa miseria.

Nos metimos adonde estaba prohibido entrar y nos detuvimos en la parte más alta, que de hecho era el punto más elevado de la ciudad, y desde allí vimos abajo el río, y del otro lado del río las cintas marrones de los arroyos del delta, a veces brillando, casi siempre ocultas tras la espuma verde de la vegetación.

Cuando finalmente emprendimos el camino hacia la parroquia, Miriam puso un cassette de Sumo, que en esos días nos tenía completamente fanatizados. El auto tronaba por las calles de aquella ciudad mientras gritábamos con Luca Prodan “It was seventeen hundred and forty-five, the Highland spirit has revived, McDougall here and McDonald there, the clans had come from everywhere singing ... ¡Fi! ¡Fi! ¡Fo! ¡Fum!”<sup>1</sup>...

En el asiento de atrás, el viejo Daniel reía a carcajadas.

---

1. “Era 1745, el espíritu de las Highlands ha renacido, McDougall aquí y McDonald allí, los clanes llegaron de todas partes cantando... ¡Fi! ¡Fi! ¡Fo! ¡Fum!”



# EL PODER DENTRO DE CUALQUIER AGUA





*El agua corría a gran velocidad, creando remolinos  
alrededor mío, cantando contra las piedras y generando  
cascaditas y nubes de pequeñas burbujas.*



En los años 60, excitaba a los jóvenes norteamericanos el orientalismo contracultural. Unos chicos que hacían una revista alternativa, viendo lo ácido que era contra el poder político establecido el escritor Kurt Vonnegut, creyeron que él participaba del entusiasmo por los gurúes indios, el yoga y la droga. Dieron por sentado que estaba del lado de ellos y así, cuando lo entrevistaron, le preguntaron cuál era su técnica de meditación trascendental.

Vonnegut no gastó el tiempo que le hubiera llevado fundamentar su oposición a la new age; simplemente les dijo que los occidentales también tenemos nuestra forma de meditar: “se llama leer libros”.

Me hubiera encantado invitar a Vonnegut a esta casa en una isla del Delta de Tigre. Le pondría una reposera cerca de la mía, al lado de parrilla, y leeríamos los dos mientras se hace el asado.

Observo el modo elegante en que las ramas del sauce se bambolean sobre mí en la altura con la brisa. Hacen amplias ondulaciones como mueven sus brazos las bailarinas muy altas.

Mi cabeza viaja lejos y me viene el recuerdo de una librería en San Marco Sierra. Una librería que es un tesoro escondido en un laberinto de senderos como pasadizos dentro de la vegetación.

Entré en la librería y recorrió lentamente los títulos en los lomos de los libros. Había una extraña sección con un cartel que decía "Agua". No pude resistirme a curiosear qué libros habría allí. Encontré una ridícula guía práctica para el uso del agua, escrita en el siglo XIX. En un lenguaje imperativo, abundaba en instrucciones para darse enemas, ducharse al estilo escocés, trasvasar el agua antes de beberla y cosas así.

No ofrecía fundamento para recomendar esto o aquello, salvo una idea que el autor había aprendido de un indio: el agua que corre tiene "prana".

El libro decía que "prana" podía traducirse aproximadamente como energía vital. Incluso hacia la salvedad de que para comprender el concepto de "prana" era necesario abordarlo desde el interior de la cultura que lo generaba.

Aquella misma tarde me acosté en el lecho de un arroyito, y me quedé semisumergido en el agua muy fresca.

El agua corría a gran velocidad, creando remolinos alrededor mío, cantando contra las piedras y generando cascaditas y nubes de pequeñas burbujas.

Entonces pensé en el tema del "prana".

Se me ocurrió que el agua tiene poder.

El agua toda.

Un océano.

El planeta de agua.

El olor a agua en el campo tiene poder.

Un bloque de hielo como una montaña.



Una masa de nubes negras.

El vapor hirviente.

Una pileta de agua caliente en que se sumerge un cuerpo  
atormentado por el dolor.

Un vaso de agua que se le sirve a quien lo pida.

Un tsunami exterminador.

El poder que tiene el agua puede ser tremendo.

La lluvia bendita sobre las plantas desfallecientes en la se-  
quía.

El agua que salta desde cien metros en el corazón de la  
selva.

El agua que se lleva todo lo que está demás.

Las corrientes dentro del mar que usaban los navegantes  
expertos del Pacífico perdido.

El agua que es el cuerpo de la sangre.

El agua que mueve las turbinas de las centrales eléctricas.

Pensé que el poder está en el agua, no en lo que el agua  
hace.

El poder de lo que hace el agua procede del poder interior  
del agua.

Ese poder está en todo el vasto mar, pero también está en  
una microscópica gota.

Es un poder que existe, pero a la vez es un poder en el que  
se puede creer.

Si se cree en él, es posible usarlo.

Y entonces, el agua tiene todavía más sentido.

Pensé que estamos en un mundo poderoso.



# MI TÍO JUANCITO





*Juancito a veces se despertaba a la mitad de la noche,  
cuando el viento sibaba entre los árboles y el río pegaba  
contra la costa, y miraba un rato al perro, apenas iluminado  
por el resplandor rojo de las brasas.*



# I

La familia de mi madre era vasta. Los velorios se parecían a la canción de Sumo *Crua Chan*, cuando dice “los clanes habían llegado de todas partes”.

Mi bisabuela Rosa Orduna tuvo doce hijos y muchos de ellos replicaron la tradición de establecer con su propia familia, una pequeña sociedad, como si se hubieran comprometido a poblar el mundo. El “creced y multiplicaos” de la Biblia era parte de su identidad católica.

En esa multitud había varias personas que tenían la habilidad de narrar, y una de ellas fue mi madre. A mi hermana y a mí, y a nuestros primos que estuvieran en el momento, porque las juntadas familiares eran parte del cotidiano, nos crió relatándonos historias de aquella extensa familia.

Así supe de su primo Juancito.

La madre de Juancito había sido expulsada de la familia por mi bisabuela, por andar en amoríos que ella no había aprobado.



Rosa Orduna era una vasca muy brava. Le prohibió al resto de sus hijos que recibieran o hablaran con la desterrada, y así la vida de ésta fue una penosa miseria.

De todos modos, hubo algunas desobediencias y con los años y la muerte de Rosa Orduna, sus nietos revertieron aquella sentencia y buscaron a los hijos de la desgraciada. Uno de esos nietos fue mi madre, que una mañana fue sola a visitar a su primo Juancito.

Ella nos decía que pese a la vida tristísima que había sufrido culpa de nuestra bisabuela, Juancito era un muchacho alegre y optimista.

— Claro —decía mi madre—, no le faltaba una dosis de añoranza por algo mejor. Pero creía que las cosas que extrañaba aún estaban por venir. Era un nostálgico que no sufría por el pasado que no ya volvería, sino por el futuro que no terminaba de llegar.

Además de primos, se hicieron amigos. Tanto, que las cosas que pensaba Juancito, sólo se las contaba a mi madre.

Mi madre también nos contó esto:

— Juancito era un muchacho muy inexistente. Nadie lo percibía. Y no es que tuviera algo para decir y no lo decía porque era tímido. No: no tenía nada para decir. No pensaba nada. No se le ocurría nada. Se ponía siempre la misma ropa. No tenía deseos. En una época, el único deseo que tenía era tener novia. Justo fue a enamorarse de una chica que entraba y salía del hospital psiquiátrico. Y ella se enamoró obsesivamente de él. Casi no se podían ver, pero cada tanto, cuando ella salía, se encontraban en una plaza. Se sentaban en un banco y se besaban durante horas. Después ella ya no salió más del manicomio.



Yo llegué a conocer a Juancito. Tenía las manos diminutas como las de un gorrión, y un poco transparentes. Yo se las observaba y notaba las venas verdes y los huesitos. Sus uñas también se parecían a las de los gorriones, pero la cara era como la de un bicho peludo y los ojos parecían los de una laucha que espía desde un rincón de la casa.

Así era Juancito. Siempre estaba muy callado, pensando sólo en lo que miraba. Si uno se fijaba en lo que Juancito estaba mirando, ya sabía qué pensaba.

Para explicarnos esto, nuestra madre nos contó que la única vez que lo había visto cuando eran chicos, fue en el campo.

Nos contó que él estaba con su vista de laucha clavada en unos teros, y ella le preguntó qué pensaba, porque le parecía que estaba pensando. Juancito dijo: "¿ves los teros que están cerca de los sauces? Gritan para avisarle a aquellos otros que están más allá, que viene un peligro". Mi madre le preguntó cuál era el peligro y él le dijo que seguro que los teros más alejados estaban en sus nidos, y para ese lado iban unas vacas. "Las vacas son grandes y sin darse cuenta, van a pisar los pichones".

Ella le preguntó qué iban a hacer los teros para que las vacas no pisaran los pichones y él respondió: "No sé, ahora vamos a ver".

Mi madre contó que se quedaron mirando, y pensando en lo que miraban, y así observaron que cuando las vacas se acercaron a los nidos, varios teros las atacaron volando.

— Las atacaron como unos salvajes. Les gritaban, les daban picotazos y les clavaban las púas de las alas. Las vacas se desviaron del camino, y así los pichones se salvaron —contó mi madre.

Ya adulto, Juancito vivía en una casa demasiado grande para él solo.

Los vecinos la llamaban “la casa de los zapallos”, porque en el jardín que daba a la calle y en el fondo, las plantas de zapallos cubrían el piso.

Muchos años antes, la mamá de Juancito tenía una quinta en la que cultivaba lechuga, tomate, achicoria, rabanitos, remolacha, ajíes, y también zapallos. Pero cuando ella murió, la quinta quedó abandonada y todas las plantas se secaron, salvo las de zapallos que, sin competencia, inundaron todo como el agua. Con el tiempo se metieron en las macetas donde antes había habido flores, reptaron por el patio de cemento, se treparon por las paredes de un galponcito de chapa y hasta se asomaron en el comedor, por la ventana. Cuando alguien lo visitaba, Juancito siempre decía:

— Me tengo que cuidar, porque si no me lavo bien, me va a salir una planta de zapallos en la tierra de las orejas.

Y allí vivía él, en “la casa de los zapallos”, que desde afuera se veía blanca, porque las paredes eran blancas, y verde y naranja, porque las hojas de las plantas eran verdes y los zapallos, naranjas.

Cuando murió, la mamá le dejó dinero a Juancito, para que tuviera hasta que llegara a viejo. Todos los meses aparecía un señor en bicicleta.

“Acá viene el señor del pulóver marrón”, pensaba Juancito cada vez que lo veía llegar por la ventana. Luego le abría la puerta, y el señor le decía:

— Cómo le va, don Juancito —y le daba un sobre con el dinero que Juancito necesitaba para vivir.

— Muchas gracias —le decía Juancito.

— Usted sí que tiene suerte —decía el hombre.



— ¿Quiere un zapallo? —preguntaba Juancito.

— Bueeno... ya que está —decía el hombre, y Juancito le traía un zapallazo enorme en una bolsa. El hombre lo acomodaba en la parte de atrás de la bicicleta, daba las gracias y se iba.

— Hasta el mes que viene —decía.

— Hasta el mes que viene —respondía Juancito.

Esa fue la frase que se dijeron muchos años. Hasta un día, en que se dijeron lo mismo, "hasta el mes que viene, hasta el mes que viene", sin que ninguno de los dos supiera que era la última vez.

## II

A Juancito le gustaba mucho pescar.

Cada mañana, se levantaba temprano, se hacía unos mates, se iba al fondo de "la casa de los zapallos" y cavaba con una pala hasta encontrar lombrices. Siempre buscaba en el mismo lugar.

"Este es mi criadero de lombrices", pensaba mientras miraba el piso. "Acá tiro la basura y se vienen las lombrices de todas partes, y saco estas gordas, que tanto les gustan a los pescados".

Las metía en una lata de duraznos para ir de pesca. Agarraba su cañita, la lata y la bolsa de hacer los mandados, y se iba a la orilla del río a pescar mojarritas.

Y entonces pensaba: "Cómo me gustan las mojarritas" cada vez que sacaba una mojarrita del agua, mientras el pequeño pescado se sacudía como una hoja de plata, blanca y viva bajo el sol.



“Cómo me gustan las mojarritas” era la frase que más se había dicho en su vida. Había dicho más “cómo me gustan las mojarritas”, que “hasta el mes que viene”, que le decía al hombre del pulóver marrón.

Metía cada mojarrita en la bolsa de hacer los mandados, que parecía una red roja, y cuando llegaba a su casa, las limpiaba y las hacía fritas.

Después las comía despacito, feliz.

Finalmente, mientras comía pensaba: “Cómo me gusta comer las mojarritas que yo mismo pesqué”.

Una mañana Juancito se fue a pescar como siempre. Pero, como vengo anunciando, ese día ocurrió algo que cambiaría la vida del primo de mi mamá.

Mientras estaba en la orilla, mirando las nubes, mirando los camalotes que se iban apurados río abajo, mirando la isla al otro lado del río, descubrió, allá a lo lejos, una canoa.

Al principio parecía nada más que un punto negro, pero Juancito ya podía distinguir que venía remando un solo hombre y que la canoa era chica.

Todos los días Juancito veía muchas canoas, y siempre se fijaba en ellas. La de aquella mañana no tenía nada de especial, pero se fue acercando poco a poco, con ese movimiento de las canoas que avanzan como un caracol, hasta que estuvo cerca de Juancito, y entonces él pudo verle la cara al hombre que remaba.

“A ese muchacho lo conozco”, pensó. “Era mi amigo mío cuando éramos chicos”.

En cada impulso de los remos que empujaba la canoa hacia adelante, Juancito tenía un recuerdo más.

Un impulso y Juancito pensaba “corríamos carreras entre los árboles”.



Otro impulso: "nos tirábamos por la barranca".

Otro: "robábamos moras".

Y otro: "toreábamos una oveja".

Mientras Juancito recordaba, el muchacho lo miró un rato y empezó a remar directamente hacia él.

Cuando estuvo cerca, le habló fuerte:

— ¿Vos sos Juancito?

Juancito le dijo que sí con la cabeza y le sonrió.

— ¿Cómo andás?

— Bien —dijo Juancito, pero tan bajo que el otro no lo escuchó.

Se quedaron un rato callados. Entonces el muchacho le dijo:

— Vení conmigo, vamos a la isla.

Juancito agarró la caña, la lata con lombrices, el bolso que ya tenía mojarritas como para un buen almuerzo, y sonriendo de alegría se subió a la canoa de su amigo.

— Vos te acordás de mí, ¿no? —le preguntó el muchacho y Juancito le respondió:

— No me acuerdo de cómo te llamás.

— Lauro Noro.

— Sí —dijo Juancito.

Y entonces Lauro Noro empezó a remar, a través del río, alejándose de la ciudad, para llegar a la isla.

Remó mucho tiempo.

El sol fue subiendo y calentó cada vez más e iluminó todo, hasta que el río enceguecía y el cielo era tan resplandeciente que Juancito tenía que cerrar los ojos.

De a poco se fueron acercando a la isla, que parecía una esponja de plantas. Las garzas que vivían paradas muy blancas arriba de los árboles más altos, erguían sus cuellos y los

miraban llegar. También los miraban los sábalos y los moncholos desde abajo del agua, viendo sólo la panza de madera de la canoa. Y los esperaban volando en el aire los mosquitos, y los sentían venir las tortugas, que sacaban las cabezas de adentro de los caparazones, las iguanas desde sus cuevas en la tierra, las hormigas que iban en hilera sobre un tronco y los pichones de jilguero, que dejaban de gritar, a su paso, dentro del nido.

—Vamos a tomar unos mates —dijo Lauro Noro cuando ya habían bajado de la canoa y estaban parados en la isla.

—Vamos a tirarle pasto verde al fuego para que haga humo y así ahuyentamos a los mosquitos —dijo Juancito.

— Parece que sabés de la isla... —dijo Lauro Noro.

Juancito sonrió, y Lauro Noro entendió que decía que sí.

— Entonces quedate. Yo tengo un trabajo para vos. Por allá, más arriba, hay otra isla como esta, se llama La Guadaña. Yo tengo un ranchito, ahí. Ahí hay muchas nutrias para cazar. Te vas a vivir a mi ranchito y cazás nutrias. Después yo paso cada dos semanas y me llevo los cueros de las nutrias que cazaste, te pago por tu trabajo y te dejo las cosas que necesités para vivir. Te dejo botas, pilas para la radio, fideos, sombrero, trampas para cazar, cigarrillos. Jabón. Carne, velas. Pantalones, te dejo... ¿Qué te parece? ¿Agarrás viaje?

—Yo no fumo —dijo Juancito, y sonrió. Lauro Noro lo miraba, sonriendo también.

A Juancito los ojitos le brillaban como si fuera una laucha que espía desde un rincón.



### III

Así fue que Juancito desapareció de un día para el otro de "la casa de los zapallos". Ya no lo vieron los vecinos, ni lo vio más el hombre del pulóver marrón, ni nadie de nuestra vasta familia lo vio más durante mucho tiempo.

Todos nos quedamos de este lado del río y Juancito, del otro.

Para cuando lo buscaron, no lo encontraron, porque ya vivía en el ranchito de La Guadaña.

Era un ranchito que tenía las paredes hechas de adobe, el piso de tierra y el techo de paja. La puerta era de cañas atadas con alambre y había una ventanita que era un agujero cuadrado para que entrara la luz.

Adentro había nada más que un catre viejo con varias cobijas marrones deshilachadas en los bordes, un banquito hecho con troncos, una mesa para uno solo, y clavos en las paredes para colgar cosas. En los rincones se apilaban los cueros de las nutrias que se cazaban y, bien en el medio, en el piso, estaba el lugar para hacer un fogoncito donde se calentaba agua para el mate y se cocinaba. Cuando hacía mucho frío, el ranchito se calentaba con ese fuego.

Afueras del rancho había una mesa grande que se usaba para preparar el cuero de las nutrias. Cada cuero se estiraba con palos, como si se fuera a asar, y se apoyaba contra las paredes al sol.

Se habrían apoyado en los árboles, si hubiera árboles cerca, pero Lauro Noro había construido el rancho en la parte más alta de un escampado que, vaya a saber por qué, estaba rodeado de un pajonal y despejado de árboles.

— ¿Por qué no hay árboles alrededor de tu rancho? —le preguntó un día Juancito a Lauro Noro.

— Andá saber. Dicen que antes andaba la luz mala por acá. Pero para mí son bolazos.

— Para mí también —coincidió Juancito, que no creía en los cuentos de la luz mala, ni en nada que no viera.

En el medio del descampado estaba el rancho, que de lejos parecía revestido por los cueros de las nutrias estirados en palos.

Eran las nutrias que Juancito tenía que cazar. Lauro Noro le había dejado doce trampas.

Para saber dónde poner las trampas, Juancito se tomó su tiempo para observar las costumbres de las nutrias. Estudió sus huellas y así descubrió muchas cosas.

Como un detective fue deduciendo que los machos chicos andaban siempre en barra, corriendo desordenadamente y comiendo cualquier cosa.

Dedujo también que los viejos casi no salían del agua.

Comprendió que las hembras con cría eran muy serias y atentas, y nunca confiaban en nada.

Finalmente, vio que las nutrias solteras iban metódicamente por los mismos caminos y siempre encontraban comida en los mismos lugares.

Sabiendo todas esas cosas, puso las trampas en los caminos por donde andaban las nutrias solteras.

Cada mañana se levantaba, se cebaba unos mates, se abrigaba y salía, antes de que asomara el sol, a recorrer las trampas.

“Esta es la primera, esta es la segunda”, se iba diciendo mientras iba de una a otra.

A veces encontraba que en una trampa había una nutria atrapada. Entonces se la llevaba en una bolsa de arpillera.



Y así era su vida ahora. Levantarse, recorrer las trampas, traer las nutrias que habían caído en las trampas, sacarles el cuero con cuidado de no cortarse con el cuchillo, estirar el cuero en los palos, ponerlo a secar afuera del rancho. Dormir la siesta, pescar un rato. Y mirar todo.

Cada dos semanas llegaba Lauro Noro, se llevaba los cueros y le dejaba unos pesos y las cosas que necesitaba.

— Nos vemos en dos semanas —lo saludaba Lauro Noro.

— Nos vemos en dos semanas —respondía Juancito.

#### IV

En la isla, el tiempo parece siempre igual, pero las cosas cambian. Viene el frío, viene el calor. En la primavera se producen estallidos de hojas, flores y mariposas que cubren los árboles y las plantas. A veces el agua crece y todo queda inundado.

Pero también es todo lo contrario: pasan muchas cosas, pero al final todo es igual. Siempre se inunda, siempre en el invierno la vegetación desfallece, siempre los mosquitos atacan a ciertas horas.

El tiempo pasó desde que Juancito llegó aquella mañana.

Llevaba tres años haciendo todos los días la misma rutina. Siempre solo, salvo cuando llegaba Lauro Noro y se quedaba un rato tomando unos mates y contándole las novedades del pueblo.

Llevaba tres años de esa vida, y una noche que miraba el fuego se acordó de su mamá, de su familia, de "la casa de los zapallos". Pensó en los vecinos, en el señor del pulóver marrón, en sus primos.



"Si estoy pensando en ellos, pasa que los estoy extrañando", pensó.

En esos días llegó el otoño.

En el pueblo la gente habría de recordarlo como un otoño muy cruel.

En la isla, cada vez hacía más frío.

"Hace más frío que en el invierno", pensó Juancito.

Un día amaneció nublado y las nubes se quedaron. Se adueñaron del cielo.

A la tarde, cada vez oscurecía más temprano. Mientras hacía la recorrida de las trampas a la madrugada, Juancito empezó a tener mucho frío. Se le caían las lágrimas de los ojos y no se daba cuenta. A veces no podía seguir caminando. Se sentaba y se quedaba un rato enroscado para calentarse un poco.

"Si llega a llover —pensó un día—, no sé cómo voy a hacer la recorrida".

Y fue como si hubiese sabido lo que iba a pasar, porque esa misma noche se levantó un viento diabólico.

"Ruge como una persona", pensaba Juancito escondido abajo de las cobijas marrones, y se asustaba cada vez que escuchaba unos crujidos que parecían mil huesos que eran quebrados todos juntos.

"Ahí va otro", pensaba, sabiendo que era otro árbol más que el viento destrozaba retorciéndolo hasta tumbarlo.

Ese viento despiadado hizo crecer el río y además se llevó arrastrando y haciendo volar con furia todo lo que encontró. Hasta se llevó la mitad del techo del rancho y, en plena oscuridad, Juancito tuvo que atar como pudo unos cueros de nutria para guarecerse.

Y en el momento en que el viento estaba más rabioso, empezó la lluvia.



Se presentó con unos goterones del tamaño de naranjas y a poco estaba lloviendo tanto, tanto, que todo se mojaba afuera y adentro del rancho.

Todo chorreaba, y era aturdidor el ruido del agua que pegaba contra el rancho, los árboles y el río.

Llovía a lo bestia en la plena oscuridad.

Cuando amaneció, el agua seguía cayendo sin parar. Juancito miró por la puerta y se asustó, porque la lluvia parecía una catarata blanca. Miraba todo alrededor y no podía ver nada, sólo el agua cayendo.

Llovió ese día y llovió el siguiente, y el siguiente, y así pasaron las noches y los días bajo la lluvia.

Los días se hicieron cada vez más cortos y más oscuros, y no paraba de llover.

Y Lauro Noro no fue más.

“No puede venir por las lluvias —pensó Juancito—. Cuando hay tormenta no hay que salir con el bote. Es peligroso. Hace bien el Lauro Noro”.

Después revolvió el fuego y pensó:

“Sí, estoy medio solo”.

V

El río, con tanta lluvia, creció hasta llegar a la puerta del rancho.

Como hacía mucho que Lauro Noro no iba, Juancito ya no tenía qué comer. Y con la tristeza que tenía de estar tan solo, ya ni salía a pescar para alimentarse.



Cada día fue poniéndose más débil.

“Parezco un pescado flaco” decía, mirándose las costillas.

Se comió el pan viejo que guardaba. Después se comió unas arvejas en latas. Había una pila de esas latas, porque no le gustaban las arvejas, pero en esos días fueron su único menú. Al final, hasta esas latas se le terminaron.

Entonces empezó a tener hambre.

Se hacía mates siempre con la misma yerba. Alguna vez agarró una tortuga y se hizo una sopa que le duró muchos días.

Al final se hacía unas tortas con agua y un poco de harina que había encontrado.

Pero antes de que se le terminara la bolsa de harina le subió la fiebre y con la fiebre, le vino el desgano.

Y ya ni siquiera tuvo hambre.

Se quedó volteado en el catre, nomás. Un día le picaba la espalda y cuando se rascó, se arrancó una sanguijuela.

“La pucha —pensó—. Si pudiera, pescaría algo, pero estoy jodido. Estoy enfermo. Acá no me va a salvar ni Dios”.

Tomaba agua. Y después, ya ni tomó agua.

Así estuvo, nadie sabe cuánto tiempo. Pero una mañana se despertó con un ruido raro. Alcanzó a prestar atención y miró hacia la pared.

“Ahí afuera hay un bicho —pensó—. Está rascando la pared. ¿Qué será?”

Con mucho esfuerzo se levantó, se calzó las botas lentamente, se paró agarrándose de las paredes y salió, despacito y sigilosamente, por la puerta de cañas.

Se asomó, miró el lugar de la pared de donde venía el ruido y vio un perro.



Era un perro muy joven y muy fiero, de pelo negro corto, orejas chicas y ojos saltones. Tenía el hocico corto, ancho y cuadrado. Era ni muy grande ni muy chico, con unas manos robustas, y aunque estaba flaco, tenía los músculos poderosos. Juancito le observó el pecho y una mano blanca.

Rasguñaba la pared, como si la escarbara.

— ¿Qué querés? —le preguntó de golpe Juancito— ¿Querés hacer un agujero ahí?

El perro se quedó quieto. Lo miró con ojos malvados y le mostró los dientes. Después gruñó hasta que empezó a ladear, como si Juancito hubiera querido atacarlo.

Pero Juancito se había quedado quieto, lo miraba nomás.

Al fin, el perro se fue corriendo por los charcos, abajo de la lluvia.

“De dónde habrá salido ese bicho”, pensó Juancito.

Entró y cuando iba camino a acostarse, se arrepintió y se hizo unos mates.

Cuando al final se echó en el catre, se quedó pensando quién sería el dueño del perro.

A la noche, al lado del fuego, dijo en voz alta:

— Qué raro, ese perro negro. Parece medio cachorro pero es bravo. Cómo me gruñó, qué desgraciado.

Juancito revolvió unas brasas flacas. En un momento dio vuelta la cabeza, miró hacia el lugar de la pared que el perro había rascado y se preguntó:

— ¿Tendrá nombre? Se ve que conoce la isla porque corría lindo por los charcos.

Entonces sonrió y dijo:

— Pero cómo me gruñó, el desgraciado.

A la mañana siguiente Juancito volvió a despertarse con el ruido en la pared.

"El perro" pensó, y se volvió a calzar las botas, y salió como el día anterior.

Y el perro hizo lo mismo: lo miró, le gruñó, le ladró y se fue.

Juancito se preguntó para qué habría vuelto. Pensó que seguramente conocía la isla, pero no era salvaje, porque si hubiera sido salvaje, no habría querido entrar donde había gente.

A lo mejor él también había vivido en un rancho, quizás en uno que se había venido abajo con la inundación de esos días. A lo mejor sus dueños se habían ido al pueblo.

Cuando se fue a dormir, Juancito miró la pared y pensó:

"Me parece que ya sé qué me va a despertar mañana".

Y efectivamente, al otro día lo despertó el mismo ruido.

Y otra vez la misma escena.

Ese día Juancito se la pasó pensando en el perro.

Pensó mientras tomaba mate, y también pensó mientras pescaba. Porque después de varios días, Juancito había agarrado la caña y, aunque se sentía muy flojo, se había ido a pescar.

Y así siguió. Cada mañana Juancito amanecía con su "despertador", como le decía. Y cada mañana, el perro escarbaba un poco más.

Hasta una mañana en que Juancito pensó "que escarbe, si quiere", no se levantó y siguió durmiendo.

Pero no pudo dormir mucho porque al rato lo despertó un frío que nunca sentía en el rancho. También había más luz y... ¡estaba el perro adentro!

Había hecho el agujero y se había acomodado al lado de las brasas del fogoncito. Juancito lo miró sin moverse.

— Así que eso es lo que querías —le dijo, y se quedó observándolo.



Entonces el perro abrió los ojos, y al descubrir que Juancito lo miraba, se paró, le gruñó, le ladró y se fue, por el agujero y después por los charcos.

Esta vez, Juancito se rió. Puso más leña en el fuego, tiró al costado unos pescados que le habían sobrado, se vistió y salió a pescar más.

Cuando volvió, los pescados ya no estaban.

Y cuando se despertó al día siguiente, otra vez estaba el perro. Así fue como Juancito se recuperó.

Hubiera muerto ese otoño tremendo que le mandó aquel viento diabólico, si el perro no hubiera aparecido.

## VI

Era un perro muy bravo.

No le era nada fácil a Juancito amansarlo. Los pescados se los comía, pero no se le podía ni acercar. Por eso Juancito le puso "Araña".

— Sos más malo que una araña —le decía.

Se fueron haciendo amigos, aunque muy de a poco. Todo ese tiempo que llovió, el Araña dormía a la noche cerca del fogón, y comía el pescado que le dejaba Juancito. Juancito a veces se despertaba a la mitad de la noche, cuando el viento silbaba entre los árboles y el río pegaba contra la costa, y miraba un rato al perro, apenas iluminado por el resplandor rojo de las brasas.

— Araña —le decía, y se volvía a dormir.

Un día el Araña siguió a Juancito a pescar, pero a la distancia.



Si Juancito se daba vuelta, el Araña se paraba y le gruñía. Pero en cuanto Juancito retomaba la caminata, el perro lo seguía de nuevo. Todo el tiempo ibaatrás.

Se les hizo costumbre ir a pescar juntos. Juancito sacaba un amarillo o un moncholo gordo y lo arrojaba por ahí. Al ratito escuchaba el crun-crun de las muelas del Araña masticando el pescado.

Con el tiempo, el Araña le gruñó menos. Juancito le tiraba la comida cada vez más cerca, y el Araña se arrimaba.

De a poco, pero siempre distante.

Hasta que un día Juancito miró al Araña a los ojos y le dijo:

— Mirá Araña, ya soy tu amigo, así que hoy vas a venir acá, bien cerca mío.

El Araña lo miraba como si estuviera conversando con los ojos. Ese día Juancito agarró una boga bien cuerpuda, blanca y apetitosa, y sin soltarla le dijo al perro:

— Vení, tomá, Araña, vení comé.

El Araña lo miró, y se acercó de a poco. Cuando agarró la boga con la punta de los dientes, Juancito le acarició la cabeza.

Y el Araña no le gruñó.

## VII

Cuando las lluvias aflojaron un poco, apareció al fin Lauro Noro.

— ¿Estás bien, che? —le preguntó a Juancito.

— Sí, bien. Me comí las arvejas.

— ¿Las qué?

— Las arvejas.



— Mirá vos. ¿Y estaban ricas?

— No.

— Ayudame a llevar las cosas —le dijo Lauro Noro, para que Juancito lo ayudara a cargar las cajas desde la canoa hasta el rancho.

Juancito estaba contento porque eran muchas cajas.

Adentro de una vió un par de botas nuevas y sonrió. Le gustaban.

Hizo unos mates y tomaron en silencio, en la mesa de afuera, con unos bizcochos de esa mañana.

— Pensé que te había llevado el viento —le dijo Lauro Noro.

— No, pero fue fuerte.

— ¿Y éste? —preguntó Lauro Noro mirando al Araña.

— Estuve jodido, y apareció.

— Disculpá que no pude venir.

— Te ibas a ahogar, si cruzabas —dijo Juancito.

— Ahora ya empiezo a venir seguido. Ojalá que no vuelva esa lluvia.

Lauro Noro se quedó en silencio con el mate en la mano.

Al fin dijo:

— Tenía miedo de que te hubiera pasado algo.

Hubo otras temporadas de muchas lluvias, en otoño y en invierno, pero nunca fueron tan largas.

En los años que siguieron, Lauro Noro nunca volvió a faltar tantos días.

Y así fue pasando el tiempo.

Año tras año. Todo igual, y todo diferente.

El hocico del Araña se fue llenando de canas y a Juancito se le hicieron en la cara unas arrugas profundas como tajos.

Años atrás, el perro había estado solo. Ahora se llamaba Araña y tenía un amigo. Y Juancito, que también estuvo solo, tenía un amigo, que no se separaba de él.

Dormían los dos alrededor del fuego, se despertaban juntos y mientras Juancito se desperezaba, el Araña se rascaba las pulgas.

Juancito le hablaba mucho y el perro le respondía con la mirada.

En el verano se bañaban juntos en el río, y juntos esperaban con ansiedad el día que llegaba la canoa de Lauro Noro. Ahí había fiesta para los dos, porque así como traía cosas ricas para Juancito, también descargaba para el Araña un cajón de huesos de la carnicería.

Al atardecer Juancito y el Araña escuchaban la radio juntos.

Y desde que Juancito tuvo una escopeta, iban juntos a cazar liebres, patos y chanchos del monte. También recogían entre los dos las nutrias que caían en las trampas. Como había muchas más nutrias que antes, tenían una rutina movida, de dos recorridas por día.

## VIII

Al final, que es casi el final de esta historia, Juancito ya estaba un poco viejo.

El Araña era un perro adulto y vigoroso. Se enfrentaba solo a un chancho, sabía meterse en el agua y pescar un sábalo grande con la boca, podía matar una víbora yarárá.





*Lauro Noro levantó a Juancito envuelto en las frazadas y lo subió a la canoa para llevarlo al hospital, en el pueblo, al otro lado del río.*



Ya conocía a la perfección cada rincón de la isla.

— Sos el dueño de la isla —le dijo un día Juancito—. Ahora que yo estoy viejo, vos vas a ser el dueño de La Guadaña.

Como aquellos días en que llegó el perro, un día Juancito se enfermó.

El Araña lo acompañó con fidelidad. Se plantó al lado del catre y no se movió ni un centímetro, ni para comer ni para tomar agua.

Juancito lo miraba un rato largo, sin pensar.

— Estoy jodido, Araña —le decía.

Empezó a tener mucha fiebre. Sentía frío todo el tiempo y lo único que podía hacer era taparse con las frazadas que tenía y con algunos cueros de nutria que encontraba cerca de la cama.

El Araña permanecía echado. Si había algún ruido, levantaba las orejas y escuchaba. Si era algo conocido, se quedaba tranquilo y se echaba de nuevo.

Cuando Juancito hablaba con su mamá, o de las plantas de zapallo, el Araña se daba cuenta de que estaba delirando, y lloraba despacito, como lloran los perros cuando están tristes.

Una tarde escuchó que llegaba la canoa de Lauro Noro.

Se levantó de un salto y fue corriendo hasta la orilla. Empezó a ladrar a la canoa como loco. Cuando Lauro Noro bajó, el Araña corrió hacia el rancho, se paró frente a la puerta, miró al amigo de Juancito y ladró con desesperación.

Lauro Noro levantó a Juancito envuelto en las frazadas y lo subió a la canoa para llevarlo al hospital, en el pueblo, al otro lado del río.

El Araña siguió la canoa nadando, más de una hora, hasta que se dio cuenta de que ya no tendría más fuerzas.

Entonces volvió a La Guadaña.



## IX

Fui a visitar a Juancito cuando estaba internado.

Ni bien entró al hospital, cuando le preguntaron por su familia, Juancito mencionó a mi mamá. La ubicaron y ella fue inmediatamente. Cuando llegó, aún estaba Lauro Noro, que se había quedado esperando que llegara un familiar. Mi mamá le agradeció y Lauro Noro se fue.

Al día siguiente, acompañé a mi mamá y a un sacerdote que fue a darle la extrema unción, porque Juancito se estaba muriendo.

Yo apenas lo recordaba. Lo encontré despierto. Parecía una iguana viejita acostada en una cama, envuelta en sábanas celestes. Afuera de las sábanas tenía, yertas, las manos de pajarito.

Mi mamá le preguntó por qué había desaparecido tantos años y él le contó esta historia.

Al final me miró con sus ojos de laucha y me dijo:

— Andá a verlo al Araña. Decile que desde este lado del río yo lo voy a mirar y voy a pensar en él. Decile que lo voy a acompañar.

Juancito se murió esa noche. Poco después se levantó el viento.

Al otro día lo llevamos al cementerio, y esa misma tarde le pedí a los amigos con los que solíamos ir a las islas, que me acompañaran a La Guadaña. Fuimos en una piragua. Quedaba lejos. Nos llevó como cinco horas llegar.

Desde la orilla descubrimos el rancho. Las paredes tenían muchos cueros de nutrias apoyados en ellas.



Caminé hasta el rancho y encontré al Araña adentro, al lado del fogón apagado, tal como me había dicho Juancito.

— Araña —le dije cuando entré al rancho.

Él me miró sin levantar la cara. Con el pensamiento, le di el mensaje de Juancito.

Después me agaché y le acaricié la cabeza.

No me gruñó.

A veces pienso que desde este lado del río Juancito le habla, y el Araña, estoy seguro, lo escucha.

Y allí está ahora, viviendo en el rancho, andando por la isla, corriendo por los charcos cuando llueve, cazando una liebre, sacando un sábalo del agua, nadando libre alrededor de La Guadaña.

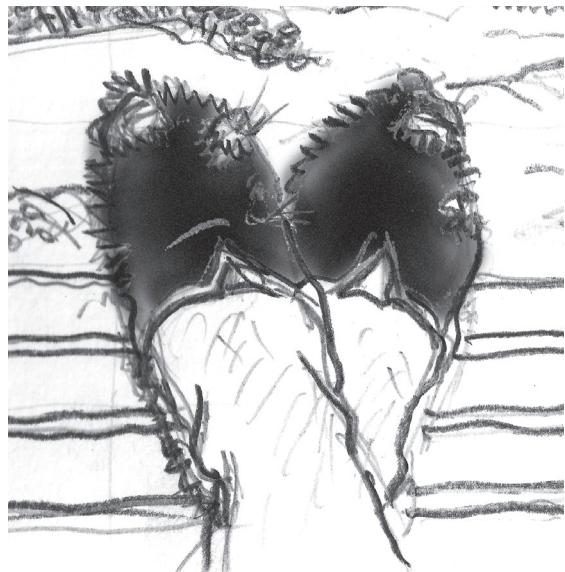
Como dijo Juancito, es el dueño de la isla.





# LAS CAÑAS DE BAMBÚ





*El muelle está recostado sobre el río. Caminando por él uno entra varios metros sobre el agua. El final del muelle es mi base estratégica. Sentado allí puedo percibir lo que sucede en la casa y sus alrededores, en la costa de enfrente y lo que llega o se va por la corriente del agua, de un lado y otro del río.*



La casa en la isla del delta tiene un muelle. Bisagra entre la civilización y el estado salvaje de la isla, el muelle es una estructura hecha de corpulentas maderas. Son maderas robustas y grandes, que me hacen pensar en las maderas de la cruz. “¿Quién me presta una escalera, para subir al madero, para quitarle los clavos a Jesús, el Nazareno?”

El muelle está recostado sobre el río. Caminando por él uno entra varios metros sobre el agua. El final del muelle es mi base estratégica. Sentado allí puedo percibir lo que sucede en la casa y sus alrededores, en la costa de enfrente y lo que llega o se va por la corriente del agua, de un lado y otro del río.

Allí la brisa corre libremente. Es el lugar donde hay más aire.

Alrededor de mi cuerpo corre la brisa y debajo, corre el agua.

El agua va, va, va, llevando palitos y troncos, camalotes, hojas, y luego llevándose las basuritas que tengo adentro.

Se lleva enojos que no sirven para nada, pequeños afanes intrascendentes, contradicciones en que he quedado trabado de modo estéril, restos de discusiones vanas, el apuro sin sentido y la ambición pueril.



Todo se va con el agua, y mi respiración empieza a hacerse más lenta y más larga, y termina donde debe, cuando ha salido todo el aire de mis pulmones, no antes.

En la costa de enfrente, las olas que deja una lancha empujan las cañas, que se bambolean flemáticamente. En masa, echan sus altas cabezas hacia atrás y regresan hacia el agua, una y otra vez, hasta que, mucho después, vuelven a quedarse quietas.

El contemplarlas transporta mis pensamientos al río Li, en las costas de Yangshuo, pobladas por bosques verdes de cañas de bambú.

Pienso que el bambú se comporta ante una tormenta como estas cañas ante las olas, doblándose hasta el piso.

Cuando la tormenta pasa, el bambú recupera su natural elegancia de señora erguida. Sabe enfrentar las adversidades sin perder sus rasgos esenciales.

Los poetas chinos, que le dan forma a su ojo y a su alma comprendiendo la Naturaleza, encuentran que el bambú es Maestro de los hombres.

Y crece siempre rectamente, en perfectas secciones, con un brillo apenas aceitoso, perfecto, dando hojas perfectas. Es perfectamente fuerte y perfectamente flexible. Es un balance perfecto entre la gracia y la firmeza.

En la parte alta de las cañas están las hojas jóvenes y abajo, las viejas. Las jóvenes crecen hacia arriba para no taparle el sol a las viejas.

Por otra parte, los tallos mayores cubren el sol para que no quemé los brotes recién nacidos.



Es como si el bambú enseñara el respeto de los menores por los ancianos y la responsabilidad de los mayores por los más jóvenes.

La gente no puede vivir sin el bambú, dijo Su Dongbo, poeta de la dinastía Song. Los arqueólogos han ido descubriendo que los chinos ya transformaban el bambú en pequeñas creaciones sofisticadas hace siete mil años.

Los chinos nacieron con el bambú.

Igual que me pasa a mí observando estas cañas, adonde hay bambú, un chino se siente en su casa.

Los hombres crearon su mundo usando el bambú para hacer fuego, zapatos, pinceles, armas, instrumentos musicales, manteles, casas, cucharas, papel, sombreros, baldes, camas, andamios, palitos para comer, canastas, cortinas, cercas, juguetes, sillas, hasta lentes e incluso bicicletas.

Los hombres comen el bambú.

Hacen medicamentos con sus sustancias.

Decoran sus casas con la belleza del bambú.

El bambú inspira el arte.

Y cada vez que es cortado el bambú en vez de morir, silenciosa y noblemente, se regenera.

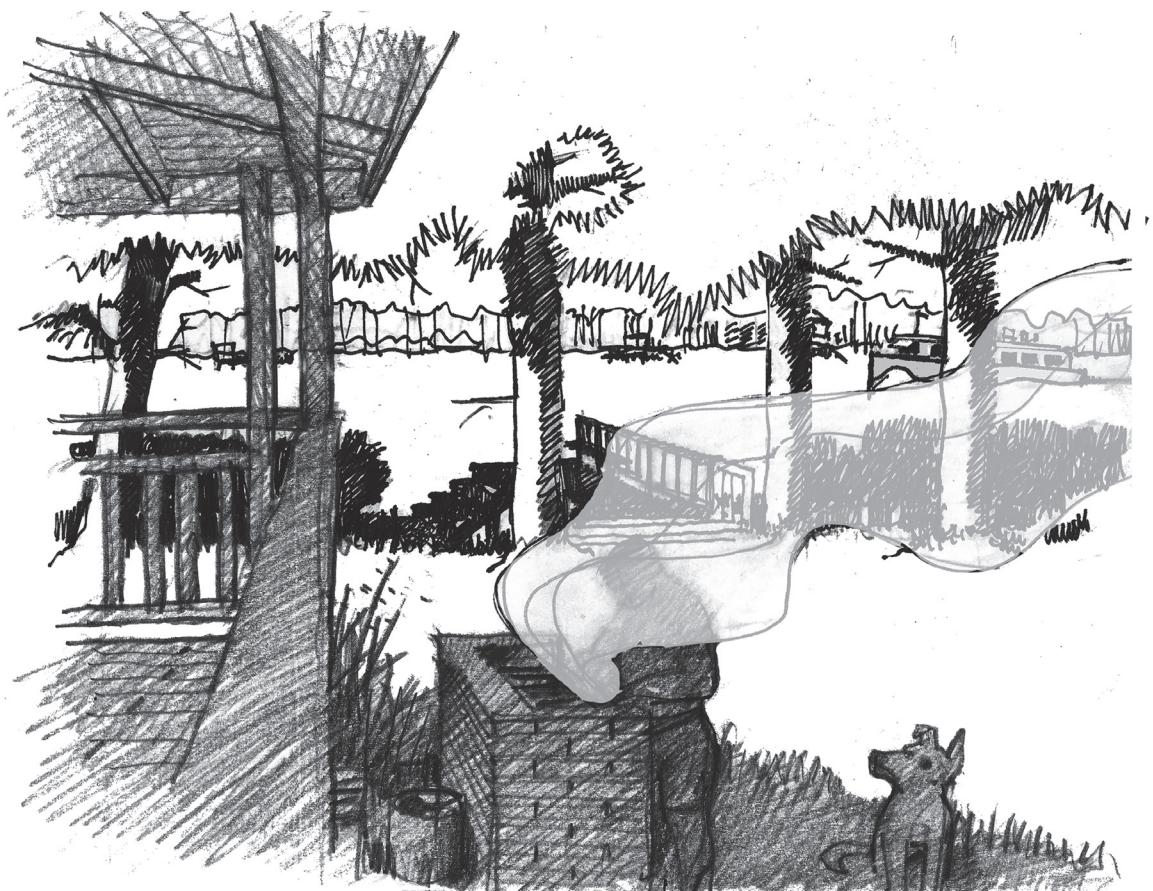
Los chinos usan el bambú para una infinidad de cosas y sin embargo, el bambú no pide nada. Crece sin necesidad de que los hombres deban doblarse para cultivarlo y se mantiene siempre bien.

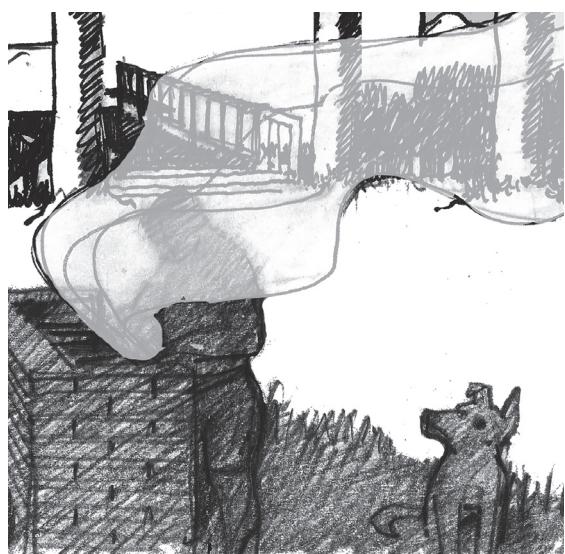
Se cultiva a sí mismo sin defectos y está listo para servir cuando los hombres lo necesitan.

Enseña la humildad al no jactarse de hermosas flores, ni de carnosos frutos, porque no florece ni fructifica. Ni siquiera tiene corazón.

Nadie es más humilde.

# PADRE E HIJO





*Cuando eras chico, eras, nada más. Andabas con la ropa  
que te ponían, con tu pancita, tus pelos chuzos.*



## Dice el hijo del padre

Anoche llamé a mi papá.

Debería llamarlo más seguido. Está grande.

Debería llamarlo nada más para escucharnos, estar juntos unos minutos. Darle eso.

Anoche resultó crudo que no tuviéramos nada que decirnos.

Era como si no hubiera nada entre nosotros.

Era como una de las rocas que vi en el archipiélago fueguino, en un paisaje infinito de rocas peladas, lisas, brillantes, sobre las que llueve torrencialmente cada día del año desde hace cien mil años.

Traté de acercarme a mi papá, hace un tiempo.

Tuve un recuerdo de cuando yo era muy chico. Jugábamos, él me abrazaba muy fuerte.

Hace poco alguien me dijo “tomá té, vos que sos chino”, y pensé, “¿en qué sentido soy chino?” Me han puesto de so-



brenombre “Chino” toda mi vida en cada lugar al que llegué, y luego quise ser chino, quise acercarme a mi papá. Fui a conocer su pueblo, del otro lado del mundo; hice muchas cosas.

Cuando les hablaba de nuestro origen chino a mis hijos, ellos me miraban como diciendo, “ah, hoy te disfrazaste de canguro”. Yo lo acepté. Tenían razón.

Sin embargo, después de todo eso, ahora cuando llamo a mi papá, no tenemos nada para decirnos.

Busco en mi cabeza algún tema, trato de inventar algún recuerdo, pero sé que no va a resultar para llenar el vacío de la charla.

## El padre mira al hijo

Podés hacer lo que quieras de tu vida, hijo.

Sos un pibe que se llena de inspiración.

El entusiasmo se expande en vos igual que nace un día, y sos pura fuerza, como un caballo en el momento en que salta.

Te admiré siempre.

Me hiciste tan feliz.

Siempre vi en vos los ojos de Dios.

Cuando eras chico, jamás dudaste de quién eras.

Eras, nada más.

Andabas con la ropa que te ponían, con tu pancita, tus pelos chuzos.

Cuando te enfermabas, llorabas y te cuidábamos, y no había más que eso.

Cuando querías algo, lo pedías.



Ahora ya no.

Sólo te pido que no te dejes tratar mal.

No te quedes junto al que no valore lo que sos. Sos un animal hermoso.

No busques a quien te use.

Te di todo, y eras feliz.

No permitas que alguien te desprecie, no dejes que alguien quiebre a mi pibe.





# EN EL FONDO DE LA CHINA





*Era un chico muy alto y radiante, siempre sonriente, digno como un dragón.*



En cuarto grado, Hong Zhiwei tuvo que investigar sobre Argentina para una clase de Geografía. Se hizo fan de ese país. Argentina se le volvió berretín. Saber de Argentina en Lanzhou, una ciudad clavada en el lejano oeste de la antigua Ruta de la Seda, lo hacía un chico especial, como era especial para su mamá y su papá. Allí nadie tenía idea de que existiera un país llamado Argentina, mientras él lo sabía todo, y asombraba con lo que contaba de esa tierra de fábula, donde las montañas entraban en la altura del cielo, las ballenas saltaban ante las personas que iban a verlas, y donde había gigantescos ríos de hielo que viajaban miles de kilómetros para derretirse en lagos que parecían espejos. En ese país había personas que se vestían con una elegancia sensual para bailar el tango, una música única en el mundo, y había niños que vivían en casillas de lata que mendigaban en el tren, y al crecer se convertían en los mejores futbolistas del mundo. Escondidas dentro de una selva virgen, superpoblada de animales multicolor, había cataratas colosales que volcaban océanos de agua pura, haciendo temblar el piso como un terremoto.

Hong Zhiwei sostuvo toda su infancia la pasión por Argentina. Se le hizo parte de su identidad y de su deseo, tanto que



sus padres lo acompañaron en la vocación. Lo mandaron a que aprendiera el idioma castellano y cuando creció, lo animaron a que fuera a pasar un tiempo en aquel país lejano. Fue su madre quien lo inscribió en un curso en la Universidad de Buenos Aires.

Él fue feliz con cada contacto que hizo con Argentina, incluso cuando ya estaba instalado en un departamento de Barrio Norte y la vida local y las diferencias culturales le ofrecieron sinsabores.

“Al mal tiempo, buena cara”, decía en español ante las insufrible burocracia de la Dirección de Migraciones, y lo mismo dijo cuando lo asaltaron por segunda vez, y cuando se enfermó de una muela y el seguro médico le cobró una fortuna para que un odontólogo lo atendiera.

Lo conocí en una reunión de universitarios chinos. Era un chico muy alto y radiante, siempre sonriente, digno como un dragón. Nos hicimos amigos inmediatamente y empezamos a vernos con frecuencia. Vino a mi programa de radio sobre China para contar cómo se había hecho fan de Argentina (llevaba puesta una camiseta con la imagen del Indio Solari, un ídolo ultralocal).

Una tarde de sol lo invité a un partido de fútbol en un gran estadio. Disfrutó muchísimo. Cuando terminó, fuimos a comer pizza a un bar abarrotado de hinchas, y allí le conté que había decidido viajar a China y que visitaría Lanzhou, su ciudad. Él sabía cuánto significaba para mí poder conocer la tierra de mi origen.

— ¡Voy a llamar a mis padres! —dijo, entusiasmado. Calculé que era la madrugada en China y le pedí que no los despertara. No me hizo caso:

— ¡Les encanta que los llame! —me dijo, riendo, y cuando cortó me anunció: — Te van a preparar un lugar para vos.

En mi viaje comprobaría una y otra vez la hospitalidad asombrosa de los chinos.

Los padres de Hong Zhiwei eran gente maravillosa, de una buena voluntad que me desarmaba. Me fueron a buscar a la estación de tren, me llevaron a comer, me miraban, me sonreían, estaban exultantes. Eran más felices de recibirmee que yo, de ser tan bienvenido.

Me alojaron en un departamento que dispusieron sólo para mí. Hong Zhiwei me explicó que allí era donde su familia había pasado los primeros años. Al llegar, los padres me mostraron la habitación en la que mi amigo había sido adolescente. Estaba tal cual la él había dejado, con una colección de aviones, un equipo de música, un televisor, una pequeña cama, un escritorio de estudiante, el placar que aún tenía una campera y unas gorras de colores. En una de las paredes había bandas de rock y otra estaba tapizada de imágenes de Argentina. De un vistazo vi a Messi, el obelisco, unas vacas, una bandera, un Che Guevara y a Evita, caracterizada por Madona. Imágenes que había usado para la clase de Geografía. Recordé que en Buenos Aires, Hong Zhiwei me había preguntado por Eva Perón, y yo adiviné que se refería a aquella Evita de Hollywood que estaba en su dormitorio. Quise decirle que más allá de la fantasía del cine, hubo una Evita real, una pequeña mujer temeraria, a quien mi tía viejita aún le rezaba y cuyo fuego revolucionario todavía inspiraba a las jóvenes.

Le hablé largo rato de Evita y del peronismo a Hong Zhiwei, y un año después tenía frente a mí a la Evita de su infancia, en un departamento de la ciudad de Lanzhou, del otro lado del planeta.

Además de dejarme el departamento, Hong Jintao, el papá de mi amigo, se tomó unos días en el trabajo para llevarme a conocer Xiahe. Era un lugar de otro Universo, en donde se concentraba una muchedumbre de templos budistas como un cardumen de peces dorados en el desierto.

Antes de que partíramos, me invitaron a comer en la preciosa casa nueva donde vivían con el papá de la señora, un anciano muy honorable, a quien trataban con piadosa devoción.

Mientras la señora preparaba la comida, Hong Jintao me llevó a una sala donde guardaba antiquísimas reliquias budistas que había ido adquiriendo en Xiahe a lo largo de los años. Nos comunicábamos sólo por señas y con muy pocas palabras, porque yo ignoraba penosamente su idioma. Sin embargo, de alguna manera nos comprendíamos, de modo que yo podía ir conociendo algo de las piezas que me mostraban y su valor histórico.

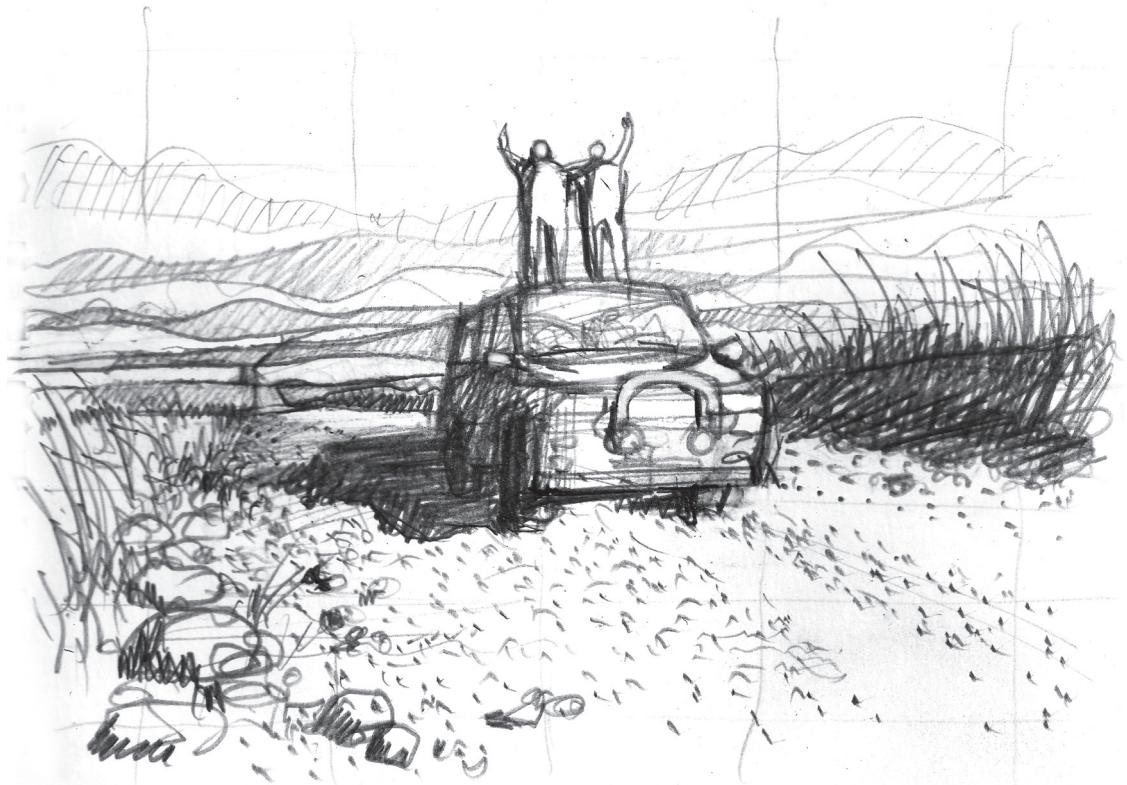
Mientras apreciábamos su colección, en la medida en que íbamos sintiendo que el idioma no era un obstáculo, nos fuimos alegrando de estar juntos.

El sentimiento de camaradería alcanzó su punto más alto cuando llegamos a su biblioteca y mi nuevo amigo fue sacando, una tras otra, varias biografías del Che Guevara.

- ¡Argentina! —exclamó en español.
- ¡Vamos Argentina! —dijo yo, y entonces él también:
- ¡Vamos Argentina!

Nos reímos y entonces le di a entender que yo había vivido en Cuba, lo que nos llevó a nuevas exclamaciones y más risas, e incluso me abrazó.

Me pregunté si la admiración de este hombre por el Che Guevara era la razón por la que su hijo amaba la Argentina. ¿O había sido el entusiasmo de Hong Zhiwei por aquel país lo que llevó a su papá a interiorizarse en la vida del Che?





*Marchamos largas distancias por las montañas, hasta donde llegamos con la camioneta y luego caminando.*



La señora fue hasta la habitación para decirnos que la mesa estaba servida. Durante el almuerzo, el padre de Hong Zhiwei habló animadamente, mientras me señalaba y me sonreía. Su anciano suegro, que también estaba sentado a la mesa muy quieto, también me miraba.

Poco después, llegó un amigo de Hong Jintao, Liu Fang. La señora le puso un plato y él comió y habló animadamente. En un inglés casi tan rudimentario como mi chino, consiguió explicarme que Hong Jintao, él y yo iríamos juntos en el viaje, y que él oficiaría como traductor.

También me dijo que trabajaba como policía y que estaba estudiando Derecho. Dos años después me enteraría de que había terminado la carrera y había abandonado el cuerpo policial para dedicarse a la abogacía.

Esa misma tarde salimos en la camioneta de Hong Jintao hacia Xiahe, que quedaba en el sur de la provincia en la que estábamos, Gansu.

En el camino vi templos budistas de miles de años y montañas esculpidas en terrazas de cultivo que habían sostenido a la población durante siglos y ahora estaban desertificadas. Pasamos por pequeños pueblos donde viven chinos musulmanes, de pocas casas pobres y mezquitas esplendorosas.

Al final, atravesamos enormes paisajes de montañas desiertas, en los que, aquí y allí, emergían en el pardo monótono de la tierra, como pequeñas flores, puñados de banderas budistas amarillas, blancas, verdes, azules y rojas.

Durante cinco días recorrimos muchos kilómetros, dormimos en cualquier lugar y comimos la comida que se comía allí, que le resultaba extraña incluso a mis amigos. Visitamos la magnífica Xiahe, donde está la segunda mayor concentra-



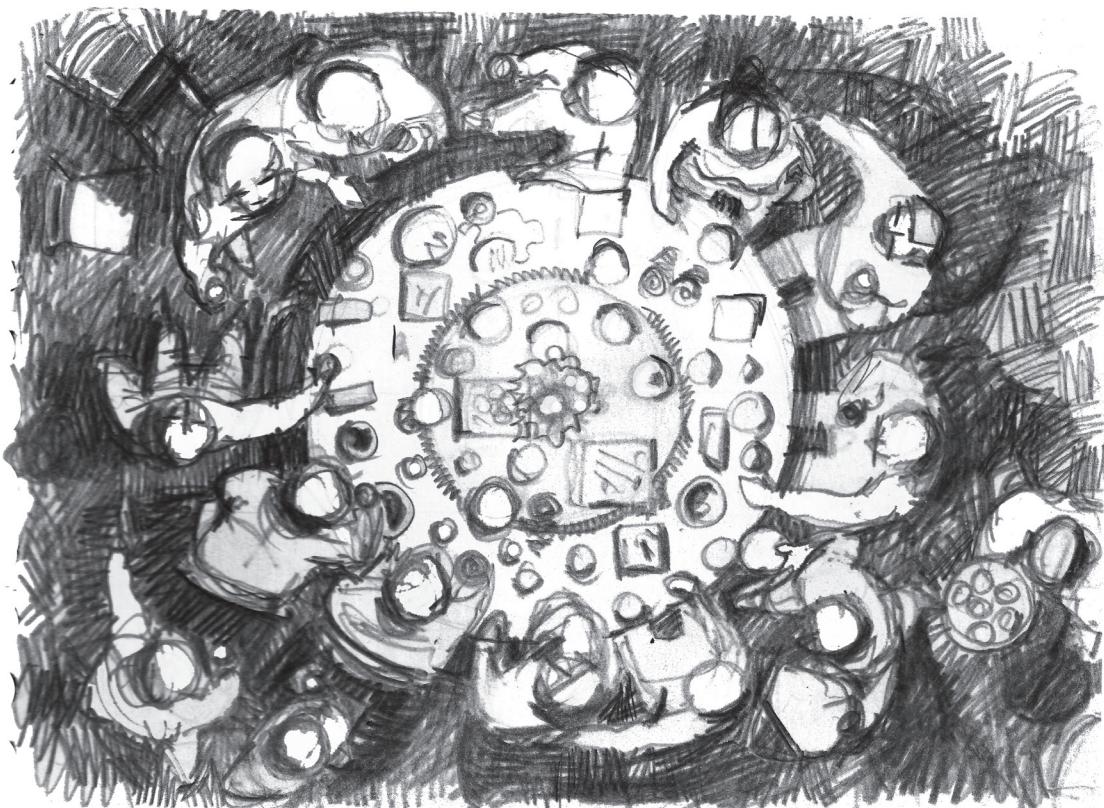
ción de templos budistas en el mundo. Y cuando pensé que no podíamos ir más lejos dentro de China, Hong Jintao anunció que entraríamos en la provincia de Qinghai para visitar a unos conocidos suyos.

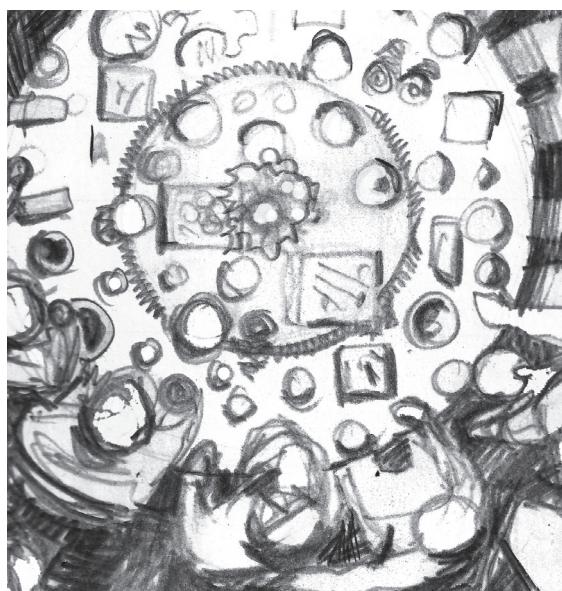
Sus conocidos eran pastores nómades. Marchamos largas distancias por las montañas, hasta donde llegamos con la camioneta y luego caminando. Finalmente dimos con los pastores. La ladera de una montaña parecía tener impresa una nube blanca dispersa como un bordado vivo que se movía. Luego de un rato de observarla, descubrí que la nube estaba formada por ovejas.

Nos invitaron a tomar té con leche fuera de su carpa. Ellos hablaron mucho, siempre riéndose, con sus caras marrones oscuras, quemadas por el sol que en aquel lugar parecía estar más cerca. Tenían el mismo color que la gente del Altiplano del Norte de la Argentina.

Luego entramos a la carpa donde vivía la familia y nos acomodamos sobre unos almohadones suavemente mullidos. Habíamos andado hasta extenuarnos, con mucho frío en el aire puro y enorme de las montañas. Aquel lugar tan placentero, entibiado por el calor que emanaba de un fogón en el centro de la carpa, con aquella gente tan agradable, me resultó delicioso. La charla se me hizo un arrullo y me quedé dormido sin darme cuenta. Me desperté de golpe. No sabía cuánto había dormido. Vi los niños mirándonos seriamente, percibí un olor reconcentrado de hollín y de grasa, observé a los adultos charlando sin parar, recorrió con la mirada los enseres de los nómades, casi arqueológicos. Sentí que estábamos en un tiempo que nunca había empezado y nunca terminaría.

En mi largo viaje de dos meses, aquel fue un momento en el que hice contacto con una realidad más allá de este mundo.





*Allí nos tenías, cantando y abrazados, sudorosos,  
descamisados, felices y unidos.*



Sentí que mi amigo Hong Jintao sabía que me pasaría lo que me estaba pasando, y entonces se me ocurrió que me había llevado hasta allí para que tuviera ese momento.

El regreso fue algo desconsolado. Los tres hubiéramos querido quedarnos más tiempo, en aquellos lugares y también queríamos seguir juntos.

La tarde en que volvimos a la ciudad de Lanzhou, la señora de mi amigo nos esperaría en un magnífico restaurante.

Descargamos la camioneta, nos aseamos, descansamos y a la hora de la cena, fuimos al restaurante. Allí, ya estaba la señora con un grupo nutrido de amigos. Parecían curiosos por conocer a un periodista que había viajado desde el otro lado del mundo para conocer la tierra de sus ancestros. Para ellos, verme era un acontecimiento.

Como algunos sabían un poco de inglés, la comunicación fluyó bastante bien. Con la misma facilidad fluyó el baijiu, una bebida china de altísima graduación alcohólica que se toma de traguitos pero durante horas, de modo que la alegría y la desinhibición de los comensales crece y el sentimiento de hermandad se hace glorioso.

Avanzada la cena, cuando el baijiu ya había derribado todas las barreras, siguiendo una tradición, el amigo Liu Fang invitó a que cantáramos. Todos se exaltaron y comenzaron a cantar antiguas canciones que conocían, entre brindis, abrazos y risas.

Aquella era la noche de mi despedida de Lanzhou y de aquellas personas entrañables. A la mañana siguiente, tomaría el tren a Xi'An.

Yo estaba feliz y a la vez sentía tristeza en mi interior. Ellos se habían convertido en mi gente, y no sabía si alguna vez los volvería a ver.

En un momento alguien me señaló y dijo algo. Liu Fang me tradujo:

— Dicen que quieren escucharte cantar una canción de tu país.

El pedido me tomó por sorpresa. No tenía idea de qué podría cantarles, si una canción de Charly García, una zamba, o tal vez la Marcha de San Lorenzo: canciones de las que recordaba la letra.

Me apuraron y entonces se me ocurrió que quizás alguno de ellos había visto la película Evita, y entonces si yo cantaba “No llores por mí Argentina”, la reconocería. En ese momento recordé la conversación que tuvimos con Hong Zhiwei en Buenos Aires sobre Evita y me vino a la mente la imagen en la pared de su habitación.

Le pregunté a Liu Fang, que era el que cantaba más fuerte y con más vocación, si la conocía. Dijo que no, pero apenas empecé a cantar gritó:

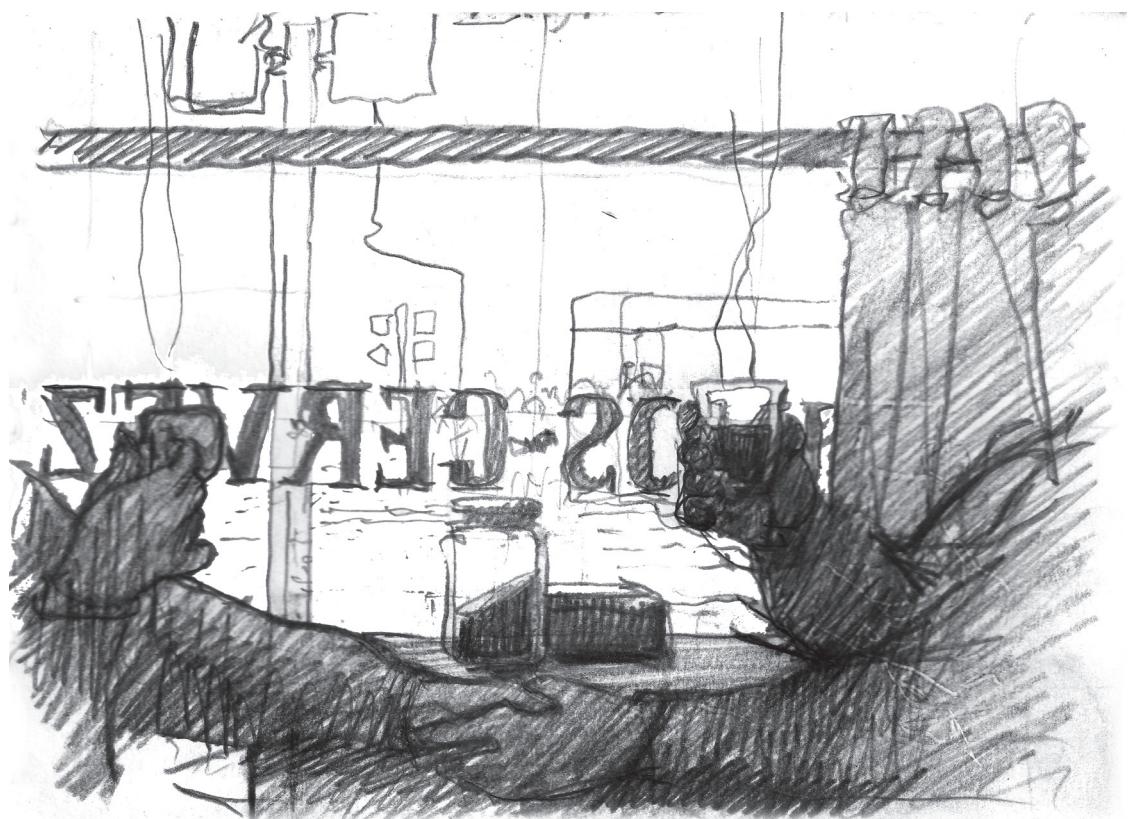
—Yes! Yes! —y comenzó a cantarla conmigo.

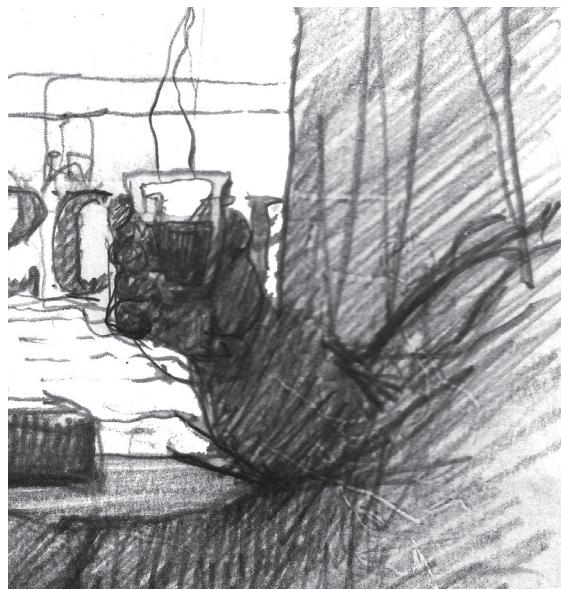
Los dos recordábamos nada más que el estribillo, de modo que nuestro show consistió en cantarlo una y otra vez como auténticos borrachos, abrazados, a veces mirándonos, con una mano balanceando en amplios movimientos hacia acá y hacia allá un vasito con el temible baijiu, primero tímidamente, luego con toda la voz.

Ahí estabas, Eva, en el fondo de la China, entre platos con pescados enteros y mariscos gigantes, entre chinos que fueron a conocer un argentino, entre vapores de baijiu, entre sopas de oveja, bocadillos de algas y orejas de cerdo.

Allí nos tenías, cantando y abrazados, sudorosos, descamisados, felices y unidos.

MIRIAM





*Pero bueno, los otros días pudimos tomar unas cervezas.*



## 1979. Rubber Soul

Teníamos apenas 14 años. El punto exacto en que ella empezaba a ser mujer y yo, hombre.

Si hubiéramos nacido en otra cultura, habríamos estado en edad de procrear, pero Miriam y yo no jugamos al amor ni procreamos. Nuestros cuerpos vírgenes se buscaban uno al otro con el brío de los retoños, pero con esa atracción hicimos sólo una amistad.

La vi por primera vez en el patio de la escuela industrial a la que íbamos. En las entradas de los talleres del fondo me rodeaban los muchachos con mamelucos azules, otros se habían quitado el bléiser y jugaban al básquet, una muchedumbre de angurrientos se apelotonada en el kiosco y unos pocos muchachones de los grandes se ocultaban apoyados en las paredes del baño, fumando y charlando con las chicas. En aquella escuela monopolizada por futuros ingenieros, había pocas chicas. Los de los primeros años no les hacían caso,

pero los de los de tercero y cuarto año tenían que padecer que las acapararan los “grandes” de quinto y sexto. Entre las chicas, estaba ella. El sol le daba en el pelo color zanahoria y en una sonrisa que convirtió todo mi interior en un agua que se escurrió de un golpe hasta mis pies. Me quedé hipnotizado. El que le hablaba era el Negro Correa, un lobo feroz, que timbeaba y andaba con el auto del padre como un playboy. Se inclinaba hasta hablarle cerca de la cara, el muy diabólico. Ella se alejaba apenas, y él parecía inflamarse más de ansia lujuriosa. Lo aborrecí, sabiendo que él tenía razón en acecharla, porque era hermosa. Miriam henchía el jumpercito bordó reglamentario con una tersura firme que hacía presentir en su cuerpo, la maravillosa gacela siempre joven en que habría de convertirse.

Pude presentir la pura mujer que había en Miriam con claridad y me las arreglé para llegar hasta ella, en medio de los cíclopes asesinos de los últimos años. Claro que, una vez frente a ella, no supe cómo hacer para conducirla por el intrincado laberinto que guarda en su centro el primer beso.

Estábamos juntos los recreos —nuestros compañeros varones no nos dejaban en paz—, a veces paseábamos los fines de semana, y cada día íbamos y veníamos caminando juntos a la escuela.

Hablábamos mucho. De los chicos de la escuela, de los profesores, de los temas abstractos con los que adoran problematizarse los adolescentes.

También hablábamos del país, de la dictadura militar que gobernaba en ese momento. Una tarde supe que los militares habían puesto preso a su papá. Le conté que el mío estaba viviendo en Estados Unidos.



Cuando Miriam me pasaba a buscar a la mañana para ir a la escuela, entraba a casa y desayunábamos el café con leche con tostadas que nos preparaba mi madre, que aún tenía encima el aire de haber trabajado toda la noche en el hospital. Saludaba cariñosamente a Miriam y se iba a dormir.

Nos quedábamos solos en la cocina, en la casa en silencio. Afuera aún era de noche. Sólo veíamos por la ventana un enorme sauce, oscuro y silencioso. El viento lo mecía. Era un momento de gran intimidad.

La mañana que mejor recuerdo fue la última, antes de que yo me fuera a vivir con mi padre.

Esa mañana, después de desayunar la invitó a mi habitación. Cerré la puerta, puse Rubber Soul en el tocadiscos y bailamos abrazados todas las canciones del álbum.

Siempre abrazados, sin que nos importara el ritmo de la canción —Michelle, I'm Looking Through You, In My Life.

No puedo pensar en una escena más indicada para que la chica y el chico que éramos nos pusiéramos de novios. Pero algo en el interior de cada uno de nosotros lo impedía. No estaba bien que nos fundiéramos en el amor. Todo se había conjugado durante mucho tiempo para ese momento, pero sentimos que no estaba bien avanzar. Era como si fuéramos hermanos.

Bailamos muy abrazos, con todo el cuerpo de uno posado en el del otro, encastrado, sintiendo la intimidad del aliento, el pelo, el ritmo de la respiración, pero ni siquiera nos dimos un beso.

No nos pusimos de novios, pero sobre aquel momento se construyó el amor que dura el resto de nuestras vidas.

## 1990. La fuerza contenida en una casilla

Había una cosa allí.

Lo noté cuando pasé cerca. Era una cabina parecida a las de seguridad o una casilla para vivir, pero demasiado pequeña.

Estaba clausurada. Casi hermética. No tenía ventanas y no vi dónde estaba la puerta.

Sentí la presencia de un animal allí adentro. No percibí nada, pero era como haber oido algo.

Era como si lo hubiera oido, pero era otra cosa. En mi mente escuché: "ahí hay un oso".

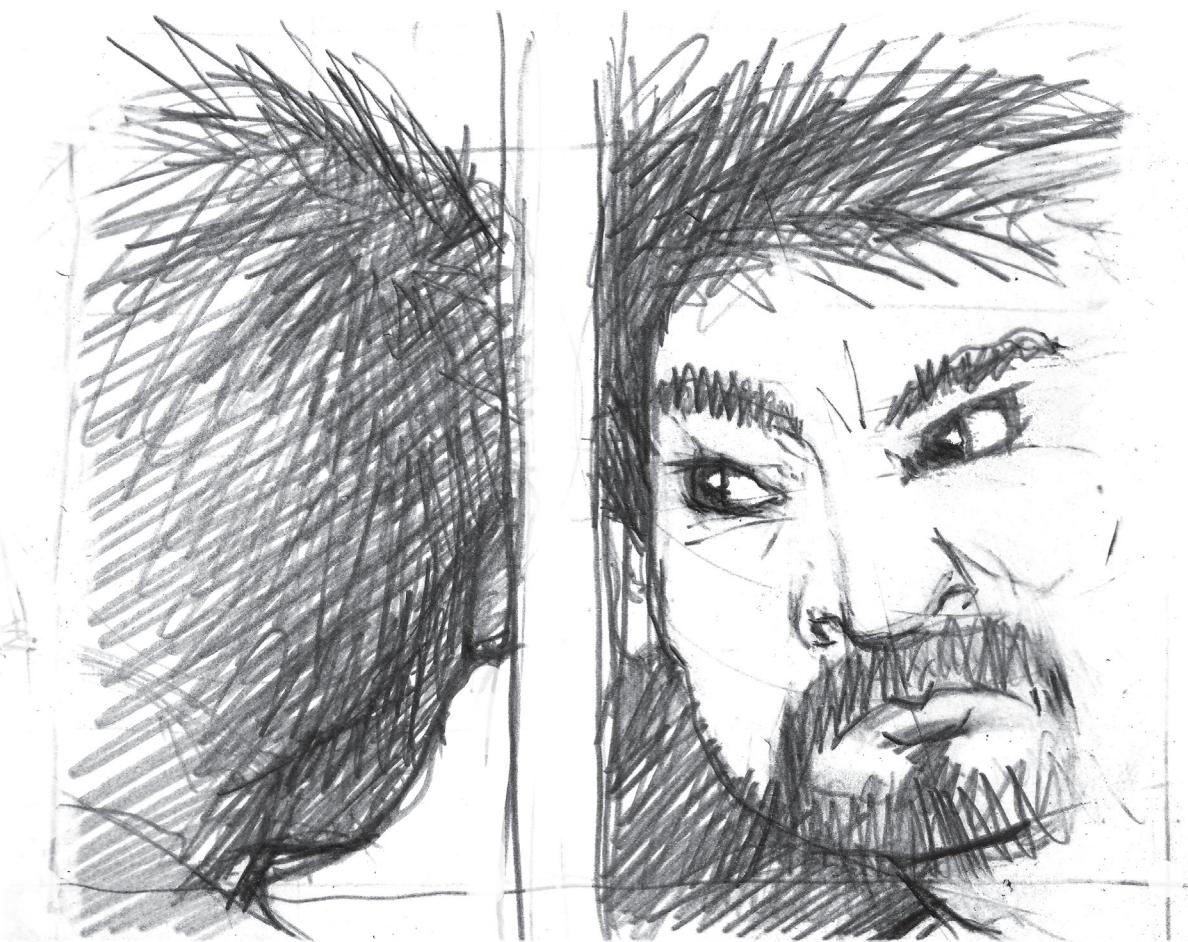
Era una idea que no tenía sentido, pero a la vez era paciente, de una realidad más precisa que esta realidad. Como cuando de repente se levanta la vista sin razón y se descubre a alguien con los ojos clavados en uno. Alguien dentro de uno lo sabe, pero no lo sabe uno.

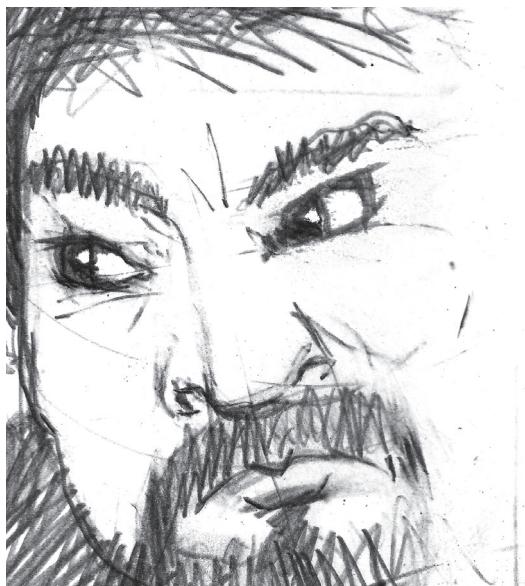
Había algo vivo allí dentro. Algo como un animal, que no era un animal, pero era enorme, impredecible y feroz.

Hacía unos meses que yo había regresado a aquella ciudad, y nunca había visto la casilla. Pensé que podían pasar años sin que yo pasara por su frente, pero ahora que sabía que estaba, con aquella cosa encerrada, ya no podría ignorarla. La calle de la casilla no sería la misma, el pueblo no sería el mismo. Me preguntaba qué pasaría si aquello se liberaba.

Le pregunté a algunas personas, pero casi nadie había visto la casilla, y los que habían notado su presencia, no le prestaron atención.

Sin embargo, el día que le dije a Miriam, me quedé asombrado porque ella también había sentido que había algo encerrado allí.





*Había algo vivo allí dentro. Algo como un animal, que no era un animal, pero era enorme, impredecible y feroz.*



— Desde que vi esa casilla, estoy esperando que la fuerza contenida ahí adentro quiebre las paredes y aparezca en la calle. Y pienso que cuando eso suceda nuestras vidas cambiarán, y ya no será una sensación sólo mía —me dijo.

## 2008. Chimpancés

En un cumpleaños éramos ocho, diez, apretados dentro de un departamento. Conté un chiste, me prestaron atención y cuando terminé los demás se quedaron impávidos, algunos se miraron como diciendo “¿este tipo es idiota?”

No resultó.

Pero entonces Miriam largó una carcajada que espantó a todos.

En otra fiesta, estábamos conversando con Miriam y llegó una amiga en común, pero que no sabía que éramos amigos, y exclamó:

— ¡Ustedes! Amo, pero ¡amo! verlos juntos ¡No conozco otras dos personas más dinamita que ustedes! ¿Cómo se juntaron? ¿Quién los juntó?

Con Miriam nos miramos y nos reímos.

Los tres sabíamos que lo que decía la chica era verdad.

Lo que pasaba entre Miriam y yo, yo no lo tenía con otras chicas. Teníamos muchas claves, nos causaban gracia las mis-

mas cosas, ante determinadas situaciones, por más que estuviéramos alejados, bastaba con mirarnos para empezar a reírnos. Sabíamos qué pensaba el otro, porque era lo mismo que uno pensaba.

En una época me puse de novio con Aldana. Estábamos locos de amor, pero no teníamos en común lo que sí teníamos Miriam y yo.

Yo no comprendía el modo en que Aldana veía el mundo, ni ella el mío. Mis anhelos le parecían inexplicables y sus deseos me eran extraños, y teníamos éticas irreconciliables.

Un día le conté entusiasmado a Aldana mi idea de que si los humanos imitáramos el modo de moverse de los chimpancés, tendríamos mejor estado físico, nos entrenaríamos sin necesidad de ir al gimnasio ni hacer deportes ni dietas; seríamos mil veces más eficientes con el cuerpo y nos trasladaríamos con muchísima más velocidad y economía física.

Aldana me miró como preguntándome adónde quería llegar, para qué le contaba todo aquello, y yo no podía entender que mi descubrimiento no le resultara fascinante.

En cambio, cuando lo hablé con Miriam, Miriam se divirtió mucho, y entonces empecé a imitar a un chimpancé, caminando, trepándome a los sillones, subiendo una escalera a los saltos, dando gritos, desplegando mucha energía.

Ella empezó a hacer lo mismo, y mientras nos reímos a carcajadas, nos perseguíamos, nos revolcábamos y hacíamos bestialidades de chimpancés, ella gritaba “¡es cierto! ¡es cierto!”





*Ella empezó a hacer lo mismo, y mientras nos reíamos a carcajadas, nos perseguíamos, nos revolvábamos y hacíamos bestialidades de chimpancés, ella gritaba ¡es cierto! ¡es cierto!*



## 2018. El Bar de Cao

Otra vez vivimos en la misma ciudad. Nuestras vidas son muy diferentes ahora. Desde hace tiempo, con Miriam nos vemos menos que las ganas que tenemos de vernos.

Nos decimos que estamos muy ocupados, y es verdad. Pero tenemos cosas para contarnos, y esas cosas no terminan de aparecer en los mensajes que nos mandamos por celular. Ni siquiera pueden brotar hablando por teléfono.

Tenemos expresiones, miradas que mirarnos, cosas que sólo aparecen cuando llevamos un rato largo juntos. Sólo la charla sin tiempo trae las cosas que nos nutren, que nos cambian la opinión, nos hacen ver esto o aquello. Cosas que, si no nos las decimos en el momento, se van a ir como las basuritas que se lleva el río, y cuando al fin nos veamos ya no habrá quedado nada de ellas.

Y también tenemos comidas que nos debemos cocinar, tenemos una casa en Los Nonos a la que nos han invitado a pasar un verano, otra casa en el mar, esta casa en el delta del Tigre. Pero pasan las vacaciones, una, otra, y no vamos, y ya no pasamos unos días juntos, como hacíamos antes.

Tenemos libros para contarnos, canciones para hacernos escuchar, tenemos callejitas, parques, noches que nos esperan para caminar, por caminar, nada más.

Ya ni se nos ocurre llamarnos, “che, ¿nos vemos?”, porque ¿quién tiene a esta altura un rato libre? Ya no nos hacemos aquella pregunta “¿estás al pedo?” porque ya no estamos jamás al pedo.

La vida nos lleva, uno para acá, el otro para allá, cada vez más lejos, como dos arroyos que corren juntos, pero un día uno va para abajo y el otro gira hacia afuera y se empiezan a alejar.

Perdimos el cotidiano.



Después perdimos el hilo.

Al fin, Miriam es Miriam, pero perdí de vista el panorama de su vida.

Cuando la vi los otros días le pregunté: “¿qué es de tu vida?”, y sentí cierta amargura, porque esa pregunta se la hago a los conocidos, no a los amigos. Con los amigos se habla de otra cosa, no se habla de “qué es de tu vida”, porque ya sabés qué es de su vida, estás de algún modo adentro de su vida. No le preguntás por sus hijos, porque el domingo los tuviste toda la tarde con vos, no le preguntás por su trabajo, porque esta mañana te llamó para decirte que no aguanta más a la tarada de su jefa.

En fin, ya no es posible recuperar los años. Se va perdiendo la vida.

Y sin embargo, aún está aquella sensación de que tenemos algo para hacer.

Si pudiéramos volver al día siguiente a aquel en que empezamos a dejar de vernos, tendríamos algo fresco entre manos, algo para hacer ahora mismo.

Pero bueno, los otros días pudimos tomar unas cervezas.

Ahora que tiene la edad que tenía mi mamá cuando nos hacía el desayuno después de pasar la noche en el hospital, Miriam me hace acordar a ella. Las dos son mujeres a las que no se les ocurre que sean diferentes a los hombres.

Está casada con un tipo macanudo, de esa gente de acción, que hace lo que piensa. Cuando lo conocí, me alegré de que hubiera encontrado alguien como él, y aunque pasaron por algunas tormentas, me sigo alegrando.

Casi siempre nos encontramos solos con Miriam. Picamos algo en el Bar de Cao, que está cerca de su casa. Un rato no más, porque ella está trabajando en la universidad y cría cuatro chicos, el más grande de nueve, la más chica de un añito. Los otros días estaba contenta porque por primera vez la chiquita se quedó toda la noche en la pieza con los hermanos, y ella y el marido habían podido dormir bien.

— ¡Al fin sexo! —le dije, y respondió riendo:

— ¡No! ¡Ja! ¡Dormimos como dos osos!

La miré mientras hablaba. Todavía tiene cara de cansada. Va a recuperar lozanía cuando la nena ande sola, sin chuparle toda la energía, pero los hijos dejan marcas de cansancio para siempre.

Miriam se divertía con todo lo que nos decíamos. Le di un regalo por el cumpleaños, que había sido dos meses atrás, y cuando lo metió en la cartera sacó para mostrarme, riéndose, dos pañales descartables.

— Tengo pañales, tengo toallitas húmedas, tengo juguetes, un pomo de Hipoglós... soy una guardería ambulante, ¡tengo lo que necesites!

“Lo que necesites”, como si yo también tuviera un bebé.

— Miriam es para vos —me dijo tantas veces mi mamá.

Pero ya no tengo chicos, ni los voy a tener y ella, en cambio, está en plena vida de mamá. Nunca imaginamos esta situación en la época en que andábamos juntos por cualquier parte, cuando éramos tontamente libres.

Volví a observarla. Se había arreglado tan linda. Es tan elegante y tan sencilla, y fresca. Tenía anillos, como siempre, que la elevan a la categoría de esa criatura gloriosa que son las mujeres.

— Me tengo que ir —le dije al fin.

Nos quedamos en silencio.

— Se nos hizo corto.

— Sí, como siempre.

— Sí.

En la vereda le dije:

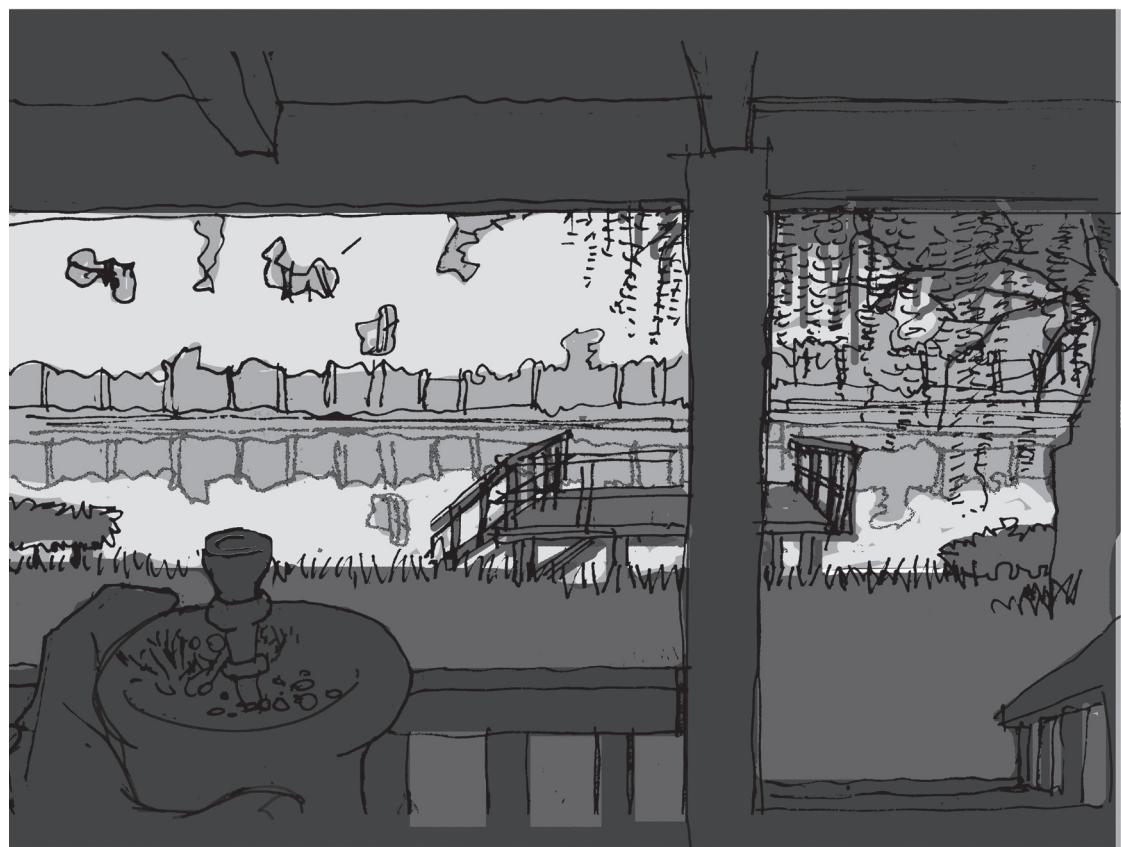
— Dale saludos a tu marido.

— Bueno, vos cuidate —me respondió.

Nos saludamos con un beso y cuando nos estábamos yendo nos miramos en silencio un instante.

Como siempre.

## LLOVIÓ EN LAS ISLAS





*Hay olor a fresco, a agua fresca y a tronco de sauces. Ya  
sábanas y a alguien, todavía. Y al aliento del mate.*



Me despierto, me hago unos mates y salgo de la cabaña.  
Llovió en las islas.

Los colores se hicieron más intensos y están un poco ve-  
lados por la humedad, que se transforma en una niebla muy  
tenue.

Cuando para la lluvia, los pajaritos andan como los chicos  
que se despiertan y ya se ponen a jugar y a chillar mientras los  
grandes aún duermen.

Todo lo demás está más quieto.

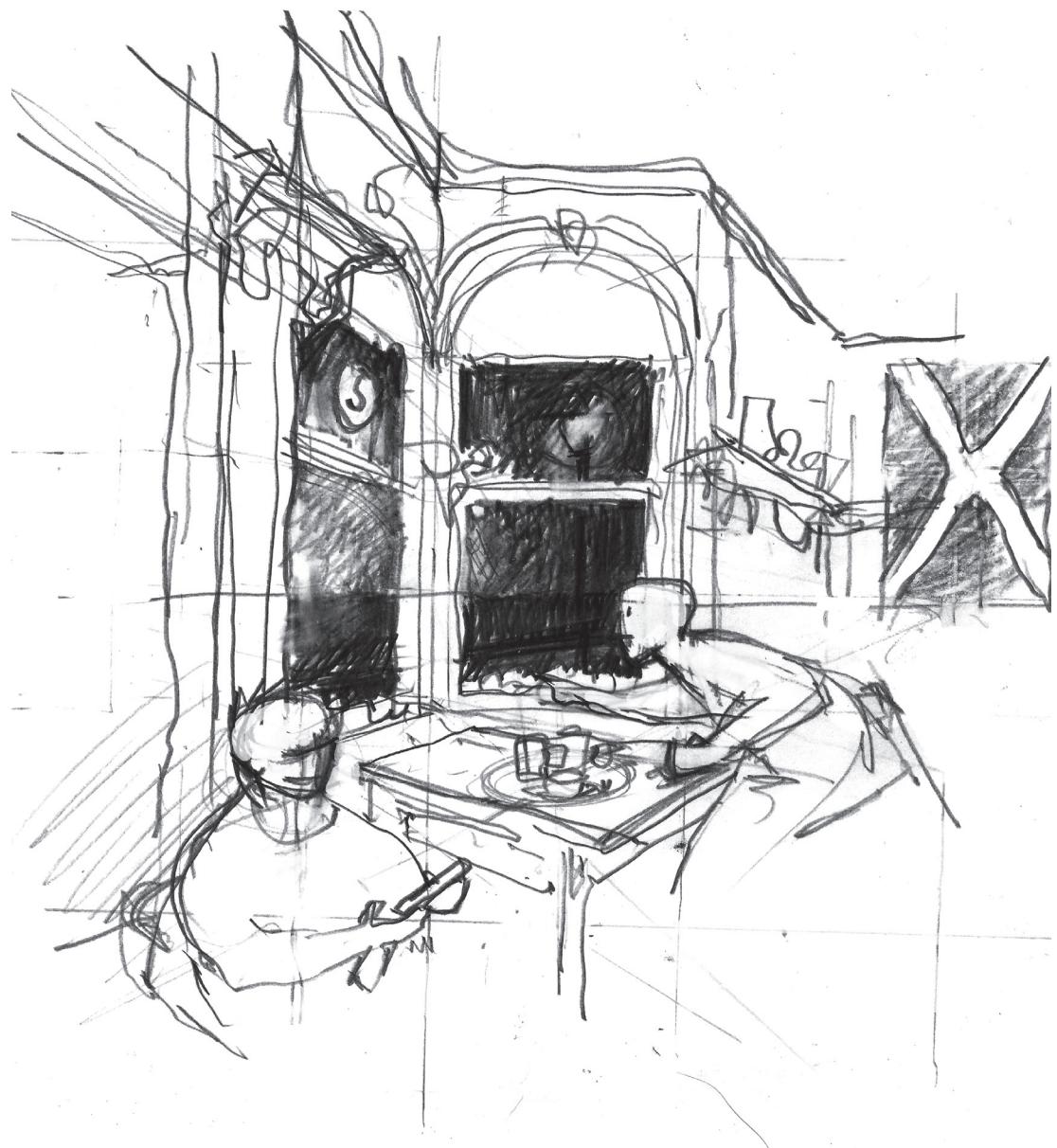
Apenas un avión remoto y una lancha soñolienta escapan  
al silencio que se hace cuando los árboles y la tierra mojada  
absorben todo el sonido.

Hay olor a fresco, a agua fresca y a tronco de sauces.

Y a sábanas y a alguien, todavía. Y al aliento del mate.



# THE ESPY





*Fernando me da una felicidad que no puedo comparar con nada. Me doy cuenta de que lo que le dimos sus padres fue apenas el arranque, fundamental, pero no mucho más que hacer contacto para encender el motor. De ahí en más todo es cosecha suya.*



## En el cuaderno de tapas azules

Edimburgo, 2019

*Fer ya está hecho un hombre, ya no me necesita. Es un alivio infinito.*

*Y también la vida, un poco pierde su razón de ser. En parte, ahora me siento inútil y algunas angustias brotan del piso como alimañas. Una parte padre de mí, en la que puse mucho, se jubila y yo no sé qué voy a hacer.*

*Es una desazón desconcertante.*

*No preveía esto, tengo que inventarme una nueva misión.*

*Criar a Fer ya está.*

*Todo el viaje de regreso desde Escocia, después de haber estado con él, me la pasé preguntándome para qué me estreso, para qué me pongo frenético, para qué me apasiono, me afano, me vuelvo loco. Para qué, si ya Fer no me necesita.*

*Es una gran libertad y un gran vacío. Todo empieza a ser nada más que un juego.*

## Bar The Espy, 17.15

Escribo en el cuaderno de tapas azules que me regaló Miriam. Estoy en el bar The Espy, donde trabaja Fer. Detrás de la barra, ya está haciendo malabares con copas y vasos de chopp y tazas y trapos y botellas, mientras habla con los demás.

Antes que él, vienen a saludarme el Delicado Pakistání y la Muñeca de Portobello. Son dos de la banda de chicos que trabajan aquí.

El Delicado Pakistání es un muchacho de rasgos finos y angulosos como los de los cristales. Es sofisticado, tiene la piel muy oscura y los ojos que se te clavan como piedras negras, de ese negro de infinita profundidad que sólo pueden tener los ojos de las personas de su origen. Es como si la conciencia de la reencarnación les otorgara ese poder, una sabiduría, hecha de eternidad.

Le cuento que anduve un largo camino para llegar hasta aquí y, para sacarle conversación sobre el país de donde él vino, le observo que él ha recorrido un trecho aún más largo.

— Bueno, no realmente. Desde Manchester hasta aquí es más cerca que desde Argentina. Aunque en realidad no nací en Manchester, sino en un pueblo de sus afueras.

Sin mirarme, pero consciente de que me ha atrapado en un prejuicio fácil, se apiada un poco de mí, este chico de 28 años, y agrega:

— Mis abuelos sí llegaron de lejos, de un lugar que hoy es Pakistán, pero cuando ellos nacieron, era todavía la India.

Me explica con paciencia el modo en que Inglaterra hizo arteras maniobras hasta que consiguió dividir un país para crear India, Pakistán y Bangladesh.



Cuando le cuento que soy descendiente de chinos me dice que le gustaría ir a trabajar a China como profesor de inglés. Le sugiero que este es el mejor momento para ir, pero él, un poco apesadumbrado, me observa que no es fácil conseguir la visa de trabajo, y que sin visa de trabajo, no irá.

— Los musulmanes tenemos muchos problemas. Tantos problemas. No podemos atravesar las fronteras fácilmente. Siempre aparecen problemas.

Le digo que el placer por el pensamiento me parece típico del mundo de sus ancestros y nos ponemos a reflexionar sobre su identidad británica y sobre mi identidad argentina, él inglés descendiente de pakistaníes y yo argentino descendiente de chinos.

Es un tipo infinitamente amable, delicado, que encuentra exquisitez en darse a pensar.

— A tu hijo no se lo podría confundir con un chino —observa.

Fer es un rubio caucásico que pasaría por un nativo más en la Finlandia del siglo IX o en una horda bárbara que asoló el Imperio Romano, de la misma manera en que hoy en Escocia, pasa tranquilamente por escocés.

— No tiene mi genética. Genéticamente, es una mezcla de ibéricos, italianos y suizos. Pero la genética no pesa mucho en la identidad. Es más fuerte la cultura, y en lo cultural, Fer ha recibido, a través de mí, algo de China.

— Claro, yo soy británico pero mi fisonomía no es sajona. Si le preguntamos a cualquiera en este bar quién es el extranjero entre tu hijo y yo, dirán que él es británico y yo, un refugiado.

En la barra está la Muñeca de Portobello, cuya imagen es la quintaesencia de la raza nativa. Nació allí mismo donde estamos, en el barrio de Portobello, entre las rocas y el mar,



las suaves colinas verdes a las que le cantó William Blake y las casas de piedra, sobrias como castillos, ancestrales como iglesias. Pertenece a aquella gente blanca y maciza, que parecen invencibles, grandes rumiantes de callada inteligencia.

En medio de los habitantes de la única playa de Edimburgo, ella es una muñeca, pequeñita, con unos ojos chispeantes y una sonrisa que aparece apenas se la mira, unos dientes blanquísimos y labios rojos que brillan de lozanía.

No hay modo de hablarle sin que ella se entregue a lo que uno le dice, mirando francamente. Una criatura de la Naturaleza. Se la quiere inmediatamente para toda la vida.

Fer me trae a la Tana. Es una mujer de mi edad. Él ya me había hablado de ella.

—Es fanática de Bowie y de George Michael. Te quiere conocer. Las hizo todas. Está reloca —me había dicho Fer.

La Tana tiene el pelo como una tormenta que ha quedado pasmada, violeta, en medio de un ataque. Como todos los italianos, pasa automáticamente por arriba de las formalidades y se instala en la intimidad.

— Me dijo Fernando que sos el papá, no el papá biológico, pero mirá, el papá es de amor, no de la biología. Mírame a mí, que mi papá... —y me cuenta su historia.

## En el cuaderno de tapas azules

*Carta a mi padre Ping-Yip Ng*

*Hola padre. Vine a Edimburgo, Escocia, a pasar unos días con mi hijo Fernando.*



*Fernando es un hombre muy hábil. Ya tiene 29 años. No ha terminado los estudios, la educación formal no ha sido su camino. Sin embargo, tiene una habilidad extraordinaria para hacer cualquier otra cosa.*

*Además, es muy valiente. No hay nada que no se anime a hacer y hace cualquier cosa que le gusta. Todo le sale bien. Y como es muy fuerte, cuando no le sale bien, se las aguanta.*

*Una persona así tiene una libertad extraordinaria y una enorme capacidad de vivir. ¿Qué busca Fernando en la vida?*

*Ya tenés que saber, padre, que mi generación trató de desmantelar las ambiciones de la tuya —progresar económicamente, salir del riesgo de la miseria, hacer una familia, tener prestigio social. Fernando no tiene inguno de esos objetivos como obligatorio. Ha orientado su vida a vagar por el mundo. Es una especie de marinero.*

*Esto me preocupó los primeros años porque sentía que Fernando no capitalizaba lo que hacía, que todos los días arrojaba su pasado al tacho de la basura.*

*Mi cuestionamiento de los mandatos de tu generación no había llegado muy profundamente en mí. Yo estaba en contra de la tiranía del progreso material, pero aún así seguía conservando cierta idea del progreso, creyendo que uno tiene la obligación de florecer. Y aún lo pienso así, pero Fernando me está demostrando que hay muchas maneras de florecer, y progresar no es la única.*

*Sé que te cuesta que yo hable de él como mi hijo, porque es el hijo de una mujer con quién me casé, pero no fue concebido por mi decisión, ni lleva mi sangre, ni nuestro apellido.*

*Le digo "mi hijo" porque creo que ser padre es hacer las cosas que debe hacer un padre. Criar a un chico te hace padre más que el hecho de haber arrojado con eficacia unos espermatozoides.*

*En el 2012 se fue a Perú. Tenía 22 años. No llevó plata. Se las arregló para trabajar en el hostel donde estaba alojado. Pasó a Ecuador, se hizo amigo de alguien que vendía medias en la calle y se puso a vender con él hasta el 2016, cuando volvió a la Argentina con la idea de quedarse. Retomó a los trabajos que se había dedicado antes de irse, pero el país estaba atravesando un momento muy cruel y Fer salió disparado hacia México.*

*Vos conocés bien esos tiempos que cada tanto le tocan a la Argentina. Se pierde toda esperanza. ¿No fue en una de esos ocasiones, que decidiste dejar el país? Fer hizo lo mismo que vos.*

*En México se acomodó rápidamente en una ciudad balnearia de la costa del Pacífico, donde trabajó en bares. Un día se cansó y con su novia mexicana se pusieron a hacer alfajores de maicena. De esto recién me acabo de enterar. Vivieron de los alfajores y ahorraron lo suficiente para venirse a Escocia.*

*Aquí se compraron una casa rodante y la instalaron en un caravan park donde otras personas viven estacionadas. Fer y su novia son los únicos extranjeros.*

*Cuando era chiquito, le enseñé a hablar en inglés y lo aprendió muy bien. Me divertía que él hablara con el acento irlandés que me había quedado de mi profesor, el padre Daniel McGrath. Ahora, hablar inglés le ayudó a conseguir trabajo en un pub frente a la playa de Portobello.*

*Cada cosa que hago para criar a Fernando es algo que yo decido.*

*Es cierto que no soy su padre biológico. En todo caso, trato de ser honesto y aclaro que Fernando tiene más de un parente y que el parente biológico no soy yo.*

*Prefiero tener el problema que tienen los árabes, que se disputan los hijos, al que tienen aquellos que los abandonan.*

*Ayer llegué a la estación de tren de Edimburgo y caminé unas dos horas hasta el pub donde trabaja Fer.*



*Lo encontré de un gran humor, un manejo magistral del lugar, entre otros siete chicos, algunos escoceses, los demás extranjeros.*

*Fernando es el más rubio del lugar, el que tiene más aspecto de nativo, y cuando dice que es argentino, los clientes creen que les está tomando el pelo.*

*Cuando llegué ayer y él decía "he is my Dad" ("él es mi papá"), sus compañeros se reían de la misma manera.*

*Lo encuentro en gran forma. A la noche fuimos a su casa rodante. Está muy orgulloso de tener su casa, que en este plan no podía ser sino rodante, y está exultante porque puede alojarme.*

*Cada detalle de la casa es muy ingenioso, igual que él. Todo requiere mucho trabajo, y a él le encanta hacerlo.*

*Claro, no es para toda la vida, ni por mucho tiempo. La visa que tiene sólo le permite quedarse aquí hasta diciembre. ¿Y entonces qué hará?*

*Hace tiempo, cuando estaba en Ecuador, noté que se estaba conformando demasiado con el estado provvisorio y le dije que le convenía o bien seguir andando o bien establecerse, pero que la tibieza no era para él.*

*También le estaba mostrando que después de cumplir los 50 años fui por primera vez a China y estoy haciendo, de viejo, los recorridos más extremos que hice en mi vida.*

*Unos meses después me dijo que estaba pensando en irse a los Estados Unidos.*

*Y un día me mandó la foto de un pasaje a Escocia.*

*Me alegró mucho que cruzara el océano.*

*Ahora tiene ganas de irse a Polonia, a Rumania, a algún país de Europa del Este. También tiene muchas ganas de irse a los países nórdicos.*

*Está muy atento a las visas de trabajo para ir a Nueva Zelanda, Canadá, y otros países.*



*Me dice que los argentinos no tenemos una gran ventaja para esas visas, y que en cambio sí la tienen los italianos. Él podría sacar la ciudadanía italiana, para lo cual necesita ayuda de su otro papá —vos dirías el verdadero—, que es descendiente de italianos.*

*Creo que yo tendría que ofrecerle al otro papá una mano para resolver el tema de la ciudadanía italiana de Fernando.*

## Bar The Espy, 17.45

A un costado de donde charlamos dentro del bar, el Delicado Paquistaní, la Muñeca de Portobello, otra chica, el Francés de Brittany y el Holandés Errante están jugando al fútbol con una botella de plástico. The Espy tiene vocación de metrópolis del Commonwealth, convoca humanos de todos los rincones del extendido imperio inglés cuya trama se extiende por los Siete Mares.

Afuera llueve. La amplia playa está vacía y hay muy poca gente en The Espy.

Mientras los chicos gritan, la Tana me cuenta que es de Cerdeña.

— Sarda, sarda, de la isla de Cerdeña. Somos diferentes. Los italianos no nos entienden cuando hablamos. Fuimos parte de España cuatrocientos años. ¿Sabés cuál es mi nombre? Manola.

No sé cómo terminamos diciendo que nosotros (ya la intimidad es completa; ya “nosotros” somos ella y yo) elegimos no crecer.

— ¿Qué ventaja hay en madurar, hacerse decrepito? —me dice, acercando sus ojos a los míos— Vos y yo somos respon-



sables sin que por eso nos hayamos convertido en unos viejos amargos. La vejez era para otra sociedad, podemos liberarnos de ella. Somos rockeros.

Fer me trae un café con leche a la mesa. Yo lo necesitaba. Me dice si quiero comer algo, me lleva a la vitrina donde están exhibidas las tortas.

Mientras elijo, aparece una moza y Fer le pide que me hable, así escucho su acento de Glasgow. La grabo y le mando su mensaje en inglés muy cargado del gaélico escocés a mis amigos de Argentina.

## Bar The Espy, 18.00

Llegan tres hipsters perfectamente arreglados. Se sientan en la barra, Fer los atiende. Hablan en español.

Además de los que nombré, en el equipo de The Espy hay un mozo pelado de aspecto serio y un barman, también italiano, que me habla de De Rossi, que era el capitán de la Roma y recientemente se ha incorporado a Boca Juniors.

Hablamos, inevitablemente, de fútbol. Me cuenta que De Rossi debutó en Argentina con un gol, y que hizo un buen partido. Me lamento de no haber podido verlo.

Mientras charlamos, el pelado serio nos mira en silencio y escucha. Tiene una calavera notable, la piel muy roja, los ojos chicos. Parece un boxeador. Dentro de unas horas, cuando el día haya terminado, cerca de las cuatro de la mañana, me traerá una cerveza a la mesa en que estaré solo y recién entonces comenzará a charlar conmigo. Nació en alguna de las poblaciones de la costa de enfrente a Edimbur-



go, cruzando el Firth of Forth, al que da la playa que vemos por las ventanas.

Le haré escuchar el tema de Sumo Crua Chan y asentirá, y escuchará hasta el final, marcando el ritmo con la cabeza.

— ¿Escuchás esa voz? —le preguntaré, porque querré que Luca Prodan le cante a un escocés.

— Sí. Esa voz es de acá —dirá.

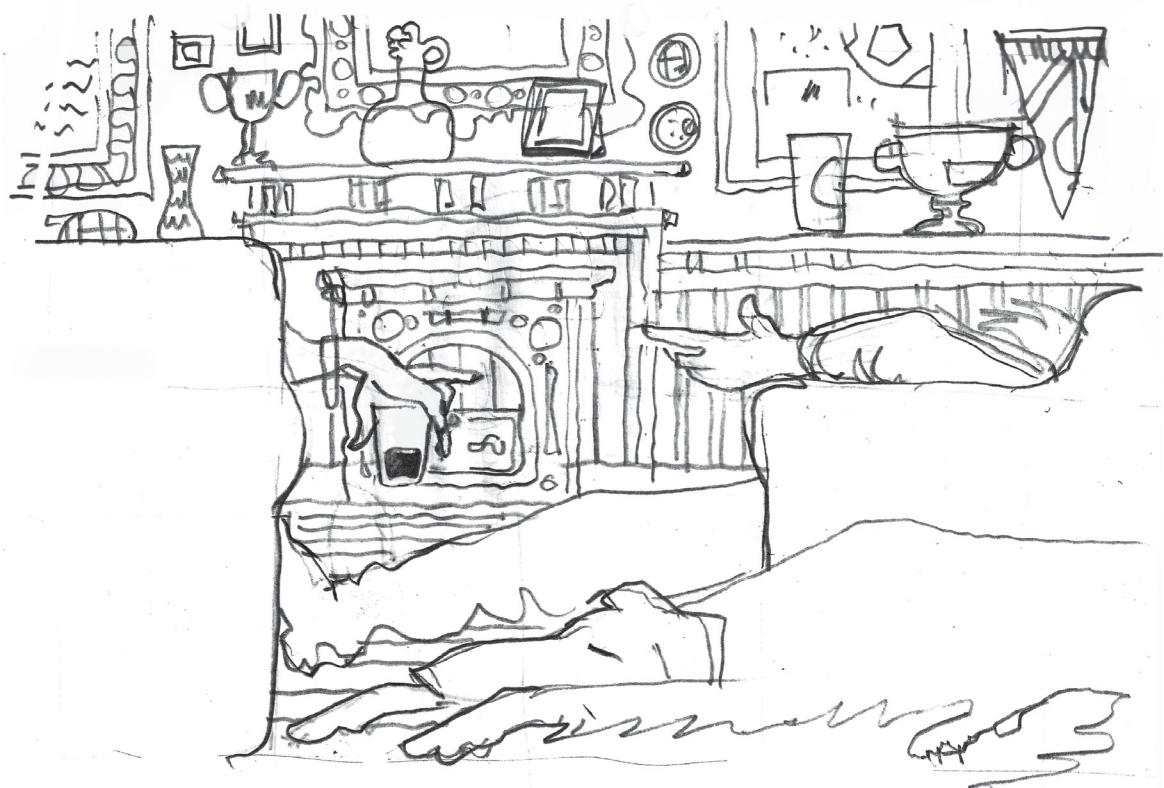
— Sí, el cantante nació en otro país, pero era de acá, también. Esta también era su tierra.

Brindaremos por eso y apuraremos una pinta hasta el final. Luego le diré:

— También vine por él. Vine a traer su voz. Hace años, lo seguí a todas partes. Adonde él cantaba con su banda, yo estaba. Era una leyenda, todos lo amábamos. Fui a sus recitales en estadios de fútbol y en bares perdidos en barrios cuyos nombres jamás habíamos escuchado, donde iban a escucharlo unos pocos rockeros viejos. Al final nos hicimos amigos. Yo quería cuidarlo, porque él se emborrachaba y se ponía violento, se drogaba con cualquier cosa, pero en el fondo era él quien me cuidaba a mí. Sabía todo de mi vida, me entendía, me decía cosas que todavía sigo pensando. Una navidad murió. Se mató. No debía morir. Pero se murió. Todos sabíamos que iba a terminar así. Yo lo tengo adentro mío. Es parte de mí. Sé que cuando duermo él anda por ahí. No traje sus cenizas a este lugar, pero traje su voz.

El escocés me escrutará, mientras hablo, con sus ojitos escondidos de boxeador.

En mi alma se encenderá “Luca not dead”, el grito tribal de los argentinos que amamos a Luca. Por eso se lo hemos pasado a los más chicos, a la generación de Fer.





*En el salón que da al mar sólo son admitidos los perros  
falderos, pero en el Salón Rojo los grandes perros son  
los reyes.*

Pero aún faltan algunas horas para esa charla. Ahora algunos mozos dan vueltas, otros conversan entre ellos o con algunos parroquianos. Cuando el día está soleado, The Espy se llena de gente que va a la playa, mientras en días como este, sólo concurre la gente del barrio. Tienen su bar para ellos solos.

Fer se mueve todo el tiempo. Hace café, sirve cervezas, alcanza comida a una mesa donde tiene amigos, va a la cocina, mira, controla todo.

## Bar The Espy, 18.40

Se va una pareja de una china gordita y un pelirrojo nativo de grandes dimensiones. Estuvieron un buen rato en el Salón Rojo, esparcidos en unos amplios sillones de pana, con un gran galgo negro echado en el piso.

En el salón que da al mar sólo son admitidos los perros falderos, pero en el Salón Rojo los grandes perros son los reyes.

— A veces tenemos más reservas de perros que de personas, dice Fer. Son los putos amos. Si te llevás mal con el perro, se pudre todo. A cada perro el mozo le lleva un cuenco con agua y ofrece, por media libra, una galleta para mascotas que los perros aman.

Nos preguntamos si esta gente trata así a los perros porque no tiene hijos, o si no tiene hijos para poder amar así a los perros.

## Bar The Espy, 18.50

Fer sale a fumar un cigarrillo. Salgo con él y charlamos. Me cuenta que la chica con la que vino desde México, en poco tiempo quizás tome otro camino.

Le pregunto si se acuerda de la canción Bobby McGee, me dice que no. Se la canturreo. Cuenta de una chica llamada Bobby y a su novio, que hacían dedo y los levantó un camionero. Los levantó “justo antes de que lloviera”, él chico va con una bandana roja y mientras van por la ruta se pone a tocar la armónica. Bobby y el camionero cantan las canciones. Así andan, hasta que se quedan sin más canciones.

Fer recuerda y canta el estribillo.

El chico y su novia son libres, sigue la canción, y él siente que es fácil llevarse bien con Bobby “cuando ella canta blues”. Él le cuenta “todos los secretos de su corazón entre las minas de Kentucky y el sol de California”, pero en algún lugar del camino ella se baja y él la deja ir, porque “Bobby buscaba un hogar —y espero que lo haya encontrado”.

Cuando terminamos, Fer y yo quedamos en silencio mirando el mar.

## Bar The Espy, 19.10

Dos chicas arregladas para salir se sientan a la barra.

También llega una pareja sub80 con un perrito, ambos de elegante sport. En el salón que da al mar hay varios grupos de parroquianos escoceses.



—Toman un té tardío, ya no cenarán —me dice la italiana Manola, que lo observa todo.

Va a servirles algo y vuelve. Se sienta en la otra silla de mi mesa.

— Gracias, Manola. Sé que estás atenta a Fernando —le agradezco.

— Tengo un hijo de su misma edad.

— Sí —Fernando me lo había dicho.

Mira a través de la ventana, a lo lejos. Luego vuelve la mirada y me dice a los ojos:

— Ustedes. Ustedes han hecho un gran trabajo con este bambino.

## En el cuaderno de tapas azules

*Mensaje a un amigo en Argentina:*

*Fernando me da una felicidad que no puedo comparar con nada. Me doy cuenta de que lo que le dimos sus padres fue apenas el arranque, fundamental, pero no mucho más que hacer contacto para encender el motor. De ahí en más todo es cosecha suya.*

*Y se está fabricando una vida muy buena.*

*Muy buena.*

## Bar The Espy, 19.50

Entra una petisa, va a abrazar a Fer. Él me la trae a mi mesa.

— Otra italiana. Antes trabajaba con nosotros.



— ¿De dónde?

— De Torino. Turinesa —me dice ella, y sonríe. Es preciosa.

— Es una sentimental —advierte Fer, mientras los demás mozos vienen también a abrazarla—. Trabajó tres meses acá y cuando se fue le escribió una carta a cada uno y se despidió llorando. Al otro día estaba de nuevo, como hoy.

Dos tipos se acercan a la barra y piden cerveza. Luego llega otra pareja y se sienta junto a ellos. Charlan los cuatro. El lugar se va poblando de otra gente cuando oscurece. Va convirtiéndose en un pub.

## En el cuaderno de tapas azules

*Un amigo me comenta desde Buenos Aires: "tenés una banqueta en la casa de lotería de tu papá en Nueva York, ahora tenés una mesa en el bar de tu hijo en Edimburgo. Sos de esa generación que sangra porque no le hablan sus padres y sangra porque no le hablan sus hijos. Corrés de una punta a la otra".*

## Bar The Espy, 20.15

Fer habla con la pareja de la barra. Veo que me señala, ellos me saludan. Me levanto de mi mesa del rincón y camino a presentarme. Me invitan una cerveza. La mujer me cuenta que escuchó a Samanta Schweblin en el Festival de Literatura de Edimburgo. Estaba encantada con ella y ahora festeja conocer a otro argentino.



—Vine al Reino Unido en guardia —les confesé de entrada—. Para los argentinos, la guerra de Malvinas es la única guerra que tuvimos en el siglo XX, y mi generación es la que estuvo en las islas. Tuve suerte de que no me mataran. Pensé que acá me tratarían como a un enemigo, pero ustedes son muy amables. Quizás es porque tuvieron tantas guerras...

— No, querido. Esa, fue una guerra de Inglaterra. Aquí estás en Escocia. Estamos contentos de tenerte. Nos encanta tu hijo.

## Bar The Espy, 20.30

Fer y el italiano fan de De Rossi me explican que ambos fueron admitidos por sus experiencias como bartenders.

Me entero así de que Fer, entre tantas otras cosas, ha desarrollado en los últimos cuatro años una carrera como bartender en bares de Ecuador y México.

Fer no sabe adonde va, pero su galope es hermoso.

## En el cuaderno de tapas azules

*Mensaje a un grupo de amigas en Argentina:*

*Es la primera vez que voy a visitar a un hijo en otro país. Edimburgo y las Highlands han sido un buen escenario para este encuentro con Fer. Hemos estado en algunos lugares muy parecidos a Bariloche, donde él pasó sus primeros años, un tiempo en el que estábamos todo el día juntos. Luego, en su adolescencia Fer estaba*

*loco con Luca Prodan. Era parte de él, como había sido parte de mí, y entonces lo compartimos con la tribu de sus adoradores.*

*Aún hoy podemos cantar juntos todas las canciones de Sumo.*

*En las Highlands buscamos a Luca.*

*No fuimos a la escuela en la que estudió porque no queríamos hacer una peregrinación de homenaje, tipo Graceland.*

*Nada más queríamos andar por donde él anduvo, ver los árboles, los caminos, la gente y las casas de piedra que él veía.*

## Bar The Espy, 21.20

Manola, la italiana del pelo violeta, trae a mi mesa una tabla con una picada. Queso de cabra, longaniza, queso camembert, aceitunas ibéricas, salmón crudo... Un tropel de delicatesen vivo. Creo en principio que ha hecho en mi mesa una escala para luego llevar la comida a otra mesa, pero no, es la cena para Fer y para mí.

Fer invita a la mesa a la italianita de Torino. Hablamos con el entusiasmo que causa tener ante sí un banquete. Los veo mirarse.

Hablamos de muchas cosas, y entonces de la barra llaman a Fer porque cayeron diecinueve personas juntas, sin reserva. Pide disculpas y nos abandona. Está encargado de The Espy. En un rato habrá solucionado todo.

La turinesa, que se llama Ana, me cuenta que estuvo dos años como niñera en California y en New Jersey, y que vino Escocia a trabajar en la profesión para la que se había formado, atender a chicos autistas.

— Pero me involucré demasiado. No puedo medir eso, y



comencé a sentirme frustrada porque no veía avances en los chicos. No podía tomar distancia con lo que hacía y eso terminó haciéndome mal.

Hablamos un buen rato. Le digo lo fácil que es charlar y entenderse con los italianos.

— Tuve que dejar ese trabajo y me metí acá, donde no tenía nada que pensar ni de qué preocuparme.

En un momento me pongo grave y le pregunto:

— Necesito que me digas algo. Es un tema importante. He viajado de muy lejos para ver con mis ojos en qué anda mi hijo. ¿Es verdad que Fernando trabaja? ¿No viene un día sí, un día no? ¿No se escapa por ahí a la tarde?

La chica se pone muy seria. Sin la mínima sospecha de mi sarcasmo, es toda ojos. Me responde como una niña ante un juez que inquiere sobre los detalles de un crimen.

— Él trabaja sin parar desde la hora en que abre el lugar hasta altas horas de la noche —me dice, sin pestañear—. Jamás ha faltado un día. La imagen que usted tiene de él seguramente es de cuando era chico, ahora es un adulto muy responsable.

La gente ama de esta manera a Fer. La chica daba su alma para defenderlo.

## Bar The Espy, 22.15

The Espy está completo. La oscuridad se ha hecho densa. Sólo emergen de la penumbra aterciopelada unas letras de neón verdes de una marca de cerveza, algunos reflejos metálicos y los brillos de los vasos de cerveza. La gente habla



alto, se ríe, la confianza entre todos se ha adueñado del ambiente, mientras suena una música que parece hacerse sólida entre las botellas de la barra, entre los cuerpos, entre las sillas, contra el techo.

Para él y para mí, Fer ha puesto Talking Heads.

Siempre escuchábamos Talking Heads cuando era chico.

## Bar The Espy, 23.20

Ana se han marchado. Acompaño a Fer afuera a fumar otro cigarrillo.

En la vereda encontramos al Holandés Errante. Es un treintañero que ha trabajado en una ristra de países. Fer habla de ir a cosechar frutas en Nueva Zelanda.

Le tomamos el pelo. Bromeamos con el holandés, le decimos que nos debe obediencia, porque Máxima, su reina, es argentina.

— Todo el mundo la quiere, en Holanda.

— Nosotros no tanto —dice Fer.

— Porque conocen la historia de su familia —responde el Holandés Errante.

— Claro.

Me doy cuenta de que se divierten juntos. Siempre deben tener conversaciones como aquella, una charla de complicidad generacional. Me callo y los escucho.

— Parásitos. Las familias reales, los ricos. Viven de nuestro trabajo —dice el Holandés.

— Y son como la máxima aspiración de mucha gente.

— Sí, el cuento de hadas es el cuento de los parásitos.



## En el cuaderno de tapas azules

*Cuando haya abandonado Edimburgo y llegue a Londres en unos días, habré de alojarme en un hotel a no muchos metros del palacio de Buckingham.*

*Tal vez la Reina esté allí dentro.*

*En los alrededores y formando una kilométrica fila para entrar habrá gente llegada de todo el mundo. Incluso de las colonias a la que este país sometió. Incluso de China (y habrá muchos chinos) país al que Gran Bretaña trató de un modo humillante.*

*El poder tiene un encanto superior a la memoria y a la ética. Las personas se dejan seducir por el poder y traicionan dulcemente.*

*Aunque la seducción del imperio británico ejerce poder sobre mí también, me cuesta entregarme a la fascinación por los poderosos de este país. Es gente despiadada que mandó a matar, en el desahuciado Atlántico Sur, a muchos adolescentes de mi generación. Una parte de mi alma sigue helada por aquella carnicería. Décadas después, aún no puedo arrancar mis ojos del nombre de un compañero querido, en la lista de los muertos en una batalla, publicada por un diario, al lado del aviso comercial de una marca de colchones.*

*Mi enorme suerte me salvó de morir en las islas Malvinas, pero varios de mis compañeros yacen en el fondo del mar o en la grava congelada del cementerio de Darwin, en la isla Soledad, uno de los cementerios más desconsolados del mundo, poblado de chicos cuyas familias no pueden ir a visitarlos.*

*La Reina Isabel, esa ancianita supersimbólica y tal vez bastante lúcida, y yo, somos igualmente hijos de Dios. No nos hace diferentes otra cosa que el haber nacido muy lejos.*

*Cuando nos encontramos en el Más Allá, bien le podré decir, "señora usted me mandó a matar. Espero sus disculpas".*



*Quizás ella nació reina. Al decir que los españoles nacen reyes y mendigos, Miguel de Cervantes definía al rey como alguien que nace sabiendo que nadie estará sobre él, que decidirá y dominará cada aspecto de su vida, que será responsable de sí y de su gente. Alguien magnánimo, que mandará sobre el mundo material con un sentido de la trascendencia. Alguien que tendrá miedo, pero no retrocederá, que vivirá según los mandatos de la dignidad, la nobleza, la fidelidad, la justicia, por arriba de cualquier bajeza, del ventajismo, los engaños y la traición.*

*“Pues señora Reina, le diré, dejo en sus dominios a mi hijo Fernando, que nació un Rey, tan grande como el mayor de los que ha tenido este reino”.*

## Bar The Espy, 23.30



El Holandés Errante entra.

Nos quedamos en la vereda con Fer y hablamos de la paternidad. Le digo que lo mejor que uno puede hacer como padre es construirse bien a sí mismo.

— Eso es para los hijos y para los demás —observa Fer—. Claro que en los hijos uno concentra todo.

— Es necesario tomar lo que uno más disfruta en la vida y con eso construirse lo mejor posible. Esa será la casa de los hijos, que los alimentará y que les dará la base para vivir su vida.

Fer mira su cigarrillo. Está recargado de pensamientos.

— Sí —remata—. Un padre tiene que construirse, no desmoronarse por los hijos y que los hijos beban de su sangre.

## Bar The Espy, 00.10

Es la medianoche.

He venido a ver a mi hijo Fernando a Escocia para comprobar que él, sobre quien se cernió una trampa potente y complicada, ha zafado. Se ha construido a sí mismo hasta tener un criterio propio para todo. Toma la iniciativa y decide sobre todas las cosas.

Escribiré algo sobre nuestro viaje a las Highlands.

Fernando vive la vida que quiere vivir. No veo que pugne por convertirse en la persona que sus padres quisimos que fuera.

Aunque un poco quizás sí. Le hemos dejado marcas de nuestro deseo, pero con todas esas marcas, él se ha dado otro destino.

Escribiré sobre los amigos que nos hicimos en el pub de Inverness, el camino por el bosque, los ciervos, el castillo negro en medio del lago encrespado por el viento, la isla rodeada por arroyos fríos que corrían a gran velocidad.

Cuando estoy en un grupo, no tengo problemas en tomar el liderazgo y si hay que hablar con alguien en nombre del grupo, soy yo quien inicia la conversación. Pero estos días es Fernando el que encara a cualquiera representando nuestro pequeño grupo de tres —él, su novia y yo. No lo hace para satisfacerme, sino que aprendió esa estrategia para sobrevivir, en Perú, Ecuador, México, ahora aquí en Escocia.



Hace siete horas que estoy aquí, en esta mesa de The Espy. Me viene a la cabeza lo que dijo la pequeña chica de Turín: "Él trabaja sin parar desde la hora en que abre el lugar hasta altas horas de la noche. Jamás ha faltado un día. La imagen que usted tiene de él seguramente es de cuando era chico, ahora es un adulto muy responsable."

Desde que llegué, Fer se tomó dos veces cinco minutos para fumar, y unos diez minutos para cenar. Todo el resto del tiempo estuvo trabajando como si volara.

Todo lo que es, se lo debe al camino que ha hecho.

Lo que me da orgullo de Fernando es que es hijo de sí mismo.



**EL BIEN del SAUCE**  
edita



